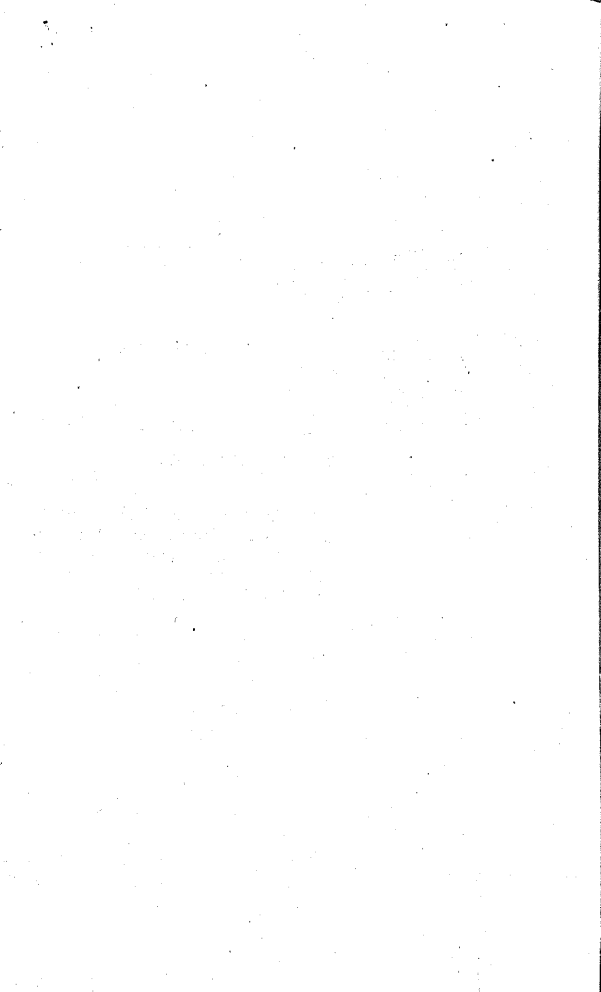


IMPORTANCIA DE LA LENGUA SANSKRITA

y servicios que su estudio ha
prestado a la ciencia del lengua-
je en general y a la Gramática
comparada en particular.

(Tesis leída por Ganivet en la
Universidad Central, en 28 de oc-
tubre de 1889, para aspirar al
grado de doctor en la Facultad
de Filosofía y Letras.)



IMPORTANCIA DE LA LENGUA SANSORITA

Y SERVICIOS QUE SU ESTUDIO HA PRESTADO A LA CIENCIA DEL LENGUAJE EN GENERAL Y A LA GRAMATICA COMPARADA EN PARTICULAR

La aplicación de la Filosofía y la Crítica a la Historia produjo en ésta una mudanza radical: las narraciones de hechos dispuestos en orden cronológico fueron sustituidas por la exposición de los acontecimientos que constituyen la vida de los pueblos en cada período histórico y que, teniendo entre sí mutuas y naturales relaciones, forman; no un catálogo, sino un cuadro animado de la sociedad.

Este nuevo concepto de la Historia exigía nuevos métodos de investigación: el círculo mezquino de los hechos «externos», que sólo nos proporcionaba una idea superficial y con frecuencia engañosa de la Historia, y los relatos parciales de los escritores antiguos, que, con raras excepciones, no vieron o no quisieron ver más allá de las fronteras de sus pueblos, porque carecían de un concepto amplio y generoso de la palabra «Humanidad», habían de trocarse para el historiador moderno en ancho campo de investigación que comprendiese la vida interna de las naciones, consideradas como forma transitoria

de una misma esencia, el linaje humano, y enlazadas estrechamente por las leyes de la «generación», de la «solidaridad» y del «progreso».

La investigación del pensamiento humano, en el sentido que dejamos indicado, abraza una gran variedad de asuntos: las religiones, las ciencias, las artes, las costumbres, las instituciones, en suma, todo cuanto pueda suministrarnos una idea del carácter y genio de cada pueblo; pero estos diversos estudios están sujetos a otro que debe necesariamente precederles: el estudio de las lenguas. Tratándose de las sociedades actuales, en las que vivimos, difícilmente podríamos adquirir un cabal conocimiento de su manera de ser sin que acudiésemos a las fuentes en que se depositan las ideas, a los monumentos históricos contemporáneos. ¿Cuánto más necesario, pues, no ha de ser, para el estudio de las civilizaciones pasadas, el conocimiento de las fuentes en que se conservaron, con preferencia a los trabajos que posteriormente, y fundándose en ellas, se hayan hecho? Estas fuentes de conocimiento son, en su mayor parte, trabajos de naturaleza literaria, y aun aquellas que pertenecen a otro orden, como son las que estudian la Indumentaria, Numismática, Cerámica, etc., o las comprendidas dentro de las artes musicales y figurativas, requieren también, para ser rectamente interpretadas, el auxilio de los escritos que las acompañan o de los documentos coetáneos; pudiendo, por tanto, afirmarse que el lenguaje escrito es la única llave que nos abre el paso para conocer las civilizaciones.

Atendiendo al importantísimo papel que en el conjunto de estos estudios desempeña la palabra,

órgano genuino del pensamiento, designáronse todas bajo el nombre genérico de Filología, la cual, si en un principio y con propiedad etimológica representaba lo mismo que otros términos análogos con los cuales solía sustituirse, como son, entre otros, ciencia del lenguaje, Lingüística, Glosología o Glotología, Idiomografía, Etimología científica, Fonología, etc., en nuestros días, desde Wolf hasta Reinach, ha venido a significar la ciencia que estudia la vida interna de las sociedades, siendo como el cimiento sobre el cual descansa la historia crítico-filosófica.

Reducida la Filología en lo antiguo al conocimiento de algunas lenguas aisladas y a la crítica de los textos, esto es, a los trabajos de los humanistas, ensancha sus dominios, a partir del Renacimiento, con la introducción del orientalismo, y adquiere más amplia significación, quedando relegados los estudios propiamente lingüísticos a un segundo término y constituyendo una rama de la ciencia filológica, bajo la denominación de Lingüística o Glotología.

Grandes fueron los progresos en breve tiempo alcanzados por ésta. Sostenida primeramente por el espíritu religioso la unidad del lenguaje humano, y confirmada por la ciencia la unidad de las lenguas arias; vencida la oposición sistemática que venía entorpeciendo el adelantamiento de los estudios lingüísticos, éstos cambiaron de rumbo: al conocimiento aislado de las lenguas, que sólo podía proporcionarnos el conocimiento aislado de las civilizaciones, sustituye el estudio comparativo de unas y otras; a la lingüística empírica, la lingüística científica y sustantiva, esto es, con fin propio; a la filología

clásica, que estudia las sociedades separadamente, la filología comparada, que las estudia y considera en superior unidad y en sus naturales relaciones.

Este movimiento científico no se circunscribe a la Edad Antigua de la Historia, aunque los estudios filológicos se hayan dirigido principalmente a esclarecer los períodos más lejanos, porque, siendo más oscuros, atraían más poderosamente el espíritu, y estando tan apartados de nosotros, ofrecían el peligro de quedar ignorados si se dejaban perecer los escasos monumentos que nos habían legado. Aunque la ciencia filológica sea hasta nuestros días casi exclusivamente clásica, y su marcha investigadora se remonte hacia la época de los orígenes de los pueblos, siendo como una paleontología psicológica, no ha de juzgarse su influencia circunscrita a período determinado, porque el conocimiento de las civilizaciones antiguas arroja viva luz en el estudio de las modernas y aun coetáneas que de ellas se derivaron, y, dentro de la Lingüística, es evidente que el descubrimiento de las leyes léxicas y fonológicas a que obedecen la especial estructura y el desenvolvimiento del grupo glotológico indoeuropeo ha despejado el camino para conocer las de otros grupos lingüísticos, sin exceptuar los que forman las lenguas actualmente habladas: con lo cual se ha operado un cambio completo y provechoso en los estudios gramaticales.

De lo indicado se deduce la importancia de la Filología, linaje novísimo de estudios que reconociendo tan humildes orígenes, los trabajos de Gramática, alcanza hoy un rango tan elevado y preeminente en el cuadro de las cien-

cias (ciencia del pensamiento y de sus medios de expresión).

Varios son los elementos que a tan rápido desarrollo han coadyuvado, los cuales son muy dignos de estudio: el espíritu crítico, que gradualmente va acentuándose y dando carácter a nuestro tiempo, ha sido la fuerza impulsiva; y los factores internos han sido el helenismo y el romanismo en primer término y el orientalismo después, cuyas etapas principales son: la introducción del sanscritismo y los estudios de los egiptólogos y el descubrimiento de la biblioteca de Asurbanipal, que nos ha dado a conocer con la escritura cuneiforme una nueva civilización.

Ocupa el primer término entre estos elementos y otros secundarios que pudieran enumerarse, el sanscritismo, que si al seno de la Filología ha traído el tesoro de una civilización incomparable, en el campo de la Lingüística ha realizado una transformación completa, dando origen a una ciencia nueva e importantísima.

Vamos, pues, a estudiarlo según este doble aspecto, a determinar su importancia y sus servicios en las diversas ramas de la ciencia filológica.

I.—(A)

Aunque el sánscrito, la lengua sagrada del brahmanismo, no tuviera esta doble significación filológica y lingüística que lo avalora; aunque fuese un idioma sin punto de unión con ningún otro y sin otra riqueza literaria que la suficiente para haberse conservado y transmitido, siempre solicitaría poderosamente la atención del filólogo, pues así como el anticuario recoge cuidadosamente todos los objetos que atestiguan la existencia de un pueblo que desapareció, y con ellos le reanima idealmente; así como el paleontólogo reconstruye, con restos esparcidos de un fósil, el tipo o especie zoológica extinguida por completo, así también el filólogo aprovecha el hallazgo de una lengua muerta para conocer el pueblo que la hablaba y para determinar el grado de su cultura y perfeccionamiento; porque, entre los atributos característicos del hombre, ninguno sobrepasa a este del lenguaje en la eficacia para demostrar el estado de su inteligencia, que se refleja, necesariamente, con rigor fotográfico, en los medios de expresión de que se vale.

La lengua sánscrita, espejo fiel de la gran ci-

vilización india, es una de las más perfectas que ha hablado el hombre (puesto que después de las impugnaciones de Pietet y Grimm no creemos existan partidarios de la absurda teoría de los hebraístas o sostenedores de la general maternidad de la lengua hebrea, los cuales pretendían ser el sánscrito una lengua artificial, inventada y usada por los brahmanes); los nombres de sánscrita (confecta o perfecta), de surabani (lengua de los dioses), de devanagari, aplicado al alfabeto o escritura (escritura usada en la ciudad de los dioses), dan idea del alto concepto que los mismos naturales tenían de su hermoso idioma: su sonoridad y riqueza de formas, su delicado eufonismo y su espíritu sintético, que la constituye en tipo de las lenguas de reflexión, la colocan en primer término entre las lenguas congéneres; su profundo sistema gramatical y la facilidad con que se notan en ella las transformaciones realizadas al pasar de uno a otro período de su evolución constituyen, por último, un elemento científico tan valioso para la Lingüística, aunque se prescinda de la semejanza o afinidad entre unos y otros idiomas, que sin él no hubiera podido ésta dar un paso firme y seguro.

Aparte de estos méritos intrínsecos, que indicamos solamente, porque un estudio detallado no es conducente a nuestro objeto, tiene la lengua sánscrita otros más elevados y que acrecientan su importancia, siendo el primero de todos el habernos proporcionado el conocimiento de una literatura singular, que a su valor propio une el de pertenecer a un pueblo de raza aria, hermano de los que poblaron a Europa.

De Oriente había venido la civilización y hacia Oriente dirigían sus pasos los primeros filólogos, cuyos trabajos e investigaciones producían un doble fruto: conocer en toda su realidad la historia de los pueblos orientales, de la cual sólo teníamos noticias aisladas e incompletas; esclarecer lugares más oscuros de la nuestra propia, los períodos de los orígenes, que apenas conocíamos, porque así como en las construcciones arquitectónicas se hace desaparecer el andamiaje que sirvió para construir, cuando el edificio está concluido, así en las obras de la civilización se dejan perecer olvidados los trabajos que sirvieron de preparación y contribuyeron poderosamente al progreso, y sólo se conservan las creaciones que revelan el grado supremo a que los pueblos logran elevarse.

Estas lagunas, que en la historia de los primeros períodos de los pueblos europeos se notan y que no habían podido llenarse con las investigaciones de los orientalistas anteriores al descubrimiento del sánscrito, quedan muy reducidas en su extensión después de este hecho y acaso desaparezcan con los estudios posteriores. La civilización india, aparte su afinidad mayor con la clásicoeuropea, carece de este defecto general que hemos anotado, pues, como consecuencia de las tendencias religiosas y filosóficas que en ella predominan, se han conservado las tradiciones más remotas con escasas alteraciones, y por esta razón el conocimiento de la lengua y la literatura sánscritas puso de repente delante de nuestros ojos un foco de viva luz, que disipaba grandes oscuridades.

Para condensar en el más breve espacio po-

sible las indicaciones que acerca de este punto hemos de hacer, al mismo tiempo que trazamos un rápido bosquejo de la literatura sánscrita, estableceremos algunas relaciones entre ésta y las literaturas clásicas, haciendo una especie de estudio filológico comparado, que se presta por su asunto a más amplio y detenido desenvolvimiento. Antes, sin embargo, diremos algo acerca de una objeción general que suele emplearse frecuentemente contra el estudio de las lenguas clásicas, entre ellas el sánscrito.

Siendo nuestro propósito deducir, en primer término, la importancia de este idioma, de su riqueza literaria y de las fecundas aplicaciones que del estudio de su literatura puede hacerse a la filología comparada, pudiera ser desvirtuado por el argumento de aquellos que, siguiendo las corrientes de la época, afirman ser innecesario el estudio de las lenguas muertas, puesto que, independientemente de ellas y con el auxilio de las versiones, podemos adquirir el conocimiento de las literaturas, sin tener en cuenta que ni el fin del Arte es el conocimiento de la verdad, sino la contemplación de la belleza, ni en Literatura importa tanto lo que se dice como el modo en que se dice, el cual nunca se puede trasladar fielmente de un idioma a otro.

Mas dejando a un lado estas y otras razones que pudieran aducirse en pro de la necesidad de que los estudios acerca de una lengua no se limiten al mezquino propósito de apoderarse de su literatura, transformándola al modo de un «tapiz flamenco vuelto del revés», según la frase expresiva de Cervantes, hay otros motivos de diverso orden que exigen una constante perseve-

rancia en el estudio de las lenguas antiguas.

No aspira la filología moderna a conocer la vida interna de cada pueblo separadamente, sino en superior relación, y esta labor requiere un análisis formal, que para la comprensión de una literatura determinada no sería acaso indispensable; la comparación entre dos literaturas consideradas en conjunto no daría frutos provechosos, porque las ideas se transforman notablemente según el espíritu que informa cada sociedad, quedando como lazo de unión las afinidades de lenguaje y las semejanzas de forma, que tienen mayor persistencia.

Por otra parte, el estudio de las lenguas no se encamina hoy al exclusivo propósito de conocer las literaturas, sino que tiene sus fines propios y encierra dentro de sí nuevas y fecundas enseñanzas; en épocas pasadas, la significación de un idioma dependía de su importancia literaria; pero establecida sobre una base propia la moderna lingüística, en la cual las lenguas son el fin, no simples medios, el valor de un idioma depende de las relaciones que le unan a los demás y de los elementos que aporte a la resolución de los problemas lingüísticos, siendo su estudio insustituible dentro de la nueva ciencia.

La abundante literatura india se divide generalmente en dos principales períodos, védico y clásico, representado el primero por las cuatro importantes colecciones denominadas *Vedas* y los más antiguos *Puranas*, y el segundo por las composiciones épicas, ya históricas, como el *Mahabharata* y el *Ramayana*; ya didácticas, como el *Manavadharmalastra*; por la lírica y la dra-

mática, en que descuellan las obras de Kalidasa; por el apólogo y por numerosos trabajos científicos. La literatura del primer período se distingue de la del segundo no sólo en los caracteres externos o en el estado de la lengua, que cuanto más antigua es más rica y menos pulimentada, sino en el fondo de las composiciones, en tanto que los *Vedas* ofrecen un conjunto confuso e indeterminado, una mezcla de los sentimientos y creencias de los primeros destellos poéticos y los principios religiosofilosóficos; en suma, de todo aquello que está dentro del ancho círculo intelectual en que vive el espíritu humano; las creaciones todas del segundo período literario son determinadas y tienen un carácter propio que las distingue como líricas o dramáticas, como épicas o didácticas. Aunque la cronología india aplicada a la Literatura no autoriza de ningún modo para establecer la gradación u orden de aparecer los géneros literarios, nótese fácilmente entre la literatura sánscrita y las literaturas clásicas de Europa, especialmente la griega, un marcado paralelismo, del cual puede sacarse gran provecho para la Filología.

Los *Vedas* se dividen en cuatro partes: *Rig*, *Yajus*, *Sama* y *Attarva*, siendo las dos primeras las más antiguas e importantes. Su carácter es líricohierático y refleja el estado de un pueblo que no ha llegado aún a la edad de la reflexión: sólo tiene sentidos para contemplar el espectáculo de la Naturaleza, y acentos para expresar la admiración de que se halla poseído; la fuente en que se inspira, la Naturaleza misma en su amplia acepción y personificada en seres superiores (*Seva*), en cuyo honor se ento-

naban los himnos o cantos que componen el *Rig-Veda*.

Como esta primitiva literatura, más que creación del pueblo indio, puede afirmarse que es creación de la raza aria cuando aún no se había disgregado por Asia y Europa, desde las llanuras de la Bactriana, en que vivía formando sociedad, el conocimiento de los *Vedas* importa extraordinariamente para la más acertada comprensión de todos los orígenes literarios de las naciones arias. La concepción teogónica de los *Vedas* es monoteísta y en ella quedan claros vestigios de que la idea de la creación no había sido para todos estos pueblos desconocida, pues el panteísmo emanatista no impera hasta épocas bastante posteriores. Las relaciones con la tradición mosaica son evidentes, pudiendo notarse hasta identidades en algunas formas de expresión, como aquellas en que se describen los primeros momentos de la creación.

Los restos escasos que hasta nosotros han llegado de los himnos o cantos de los griegos y germanos no eran suficientes para formar exacta idea de lo que fuese esta poesía primitiva; por los asuntos de que trataban y por la forma de recitación podía suponerse que estos himnos eran invocaciones sagradas, con motivo de los fenómenos naturales, ya movimientos del Sol y la Luna, ya la aparición del día o la llegada de la noche, que simbolizaban la alegría, y la vida, y la tristeza, y la muerte. Mas esta idea imperfecta e hipotética fué sustituida por otra más cabal e indudable cuando el conocimiento de los himnos védicos hizo comprender que aquellas manifestaciones poéticas habíanse derivado de

éstos y que las diferencias eran escasas, porque en estas edades primitivas aún no se habían operado las transformaciones que posteriormente fueron ensanchando las distancias entre los arios de Asia y los arios europeos, y porque los datos recogidos y los fragmentos conservados referentes a las literaturas de Europa demostraban claramente esa estrecha analogía.

De esta poesía primitiva, síntesis artística más completa aún que la moderna ópera, puesto que en ella distinguimos rasgos líricos (poéticos y musicales), épicos y dramáticos (acción, danza), nacen con el tiempo las variedades artísticas: deslíganse primero los rasgos épicos, cuando al espectáculo de la Naturaleza se une el de las acciones heroicas, y cuando la sociedad misma vuelve sobre sí los ojos y se contempla bajo el aspecto superior de la vida de relaciones sociales, naciendo por un lado la épica heroica, que ensalza a los dioses y a los héroes, y la didáctica, que aplica los principios religiosos al régimen social; después se separan los elementos líricos, que perdiendo su carácter hierático y generalizándose, forman la «oda», en que se cantan los afectos: por último, los elementos dramáticos dan origen al «drama», cuando en el coro formado para la danza se fueron intercalando recitaciones épicas.

Este proceso gradual del fondo artístico humano, que se nota principalmente en las literaturas sánscrita y griega y que explica con precisión importantes problemas suscitados en las literaturas clásicas, cuando se ha investigado el origen histórico de las especies poéticas tiene gran importancia, porque algunos pretenden encon-

trar en él no una coincidencia fundada en ser «uno» el punto de partida de ambas literaturas, y «uno» el fondo característico de los dos pueblos, de donde pudiera deducirse la analogía de sus creaciones, sino una prueba incontrovertible de las influencias recíprocas que entre la una y la otra han debido existir.

Abonan esta pretensión otras pruebas de mayor fuerza que la anterior, cuales son las deducidas de la comparación de las producciones literarias.

Grandes son, en efecto, las conexiones que existen entre la literatura sánscrita y la griega. El estudio comparativo de las epopeyas indias y las homéricas nos revela que el fondo es común y enlazado con el de todas las epopeyas nacionales de la misma raza, y los episodios, con frecuencia semejantes. Caída, lucha y redención: la mujer, causa de la caída y la lucha; un héroe auxiliado por la divinidad consiguiendo la redención: he aquí el fondo de todas las epopeyas arias.

Las dos epopeyas principales de la India, el *Mahabharata* y el *Ramayana*, en cuyos moldes se han formado las demás, que tienen ya un carácter secundario (*Harivanca*, *Baharata*, *Ba-ghar vança* y *Kumorasambhava*), vienen a significar lo que en Grecia *La Iliada* y *La Odisea*: las luchas de Pandavas y Kamavas, que constituyen el asunto del *Mahabharata*, como las de los aqueos y troyanos de *La Iliada* simbolizan las luchas de razas que constantemente han existido en todos los pueblos arios; la guerra entre Rama y Ravana con el rapto de Sita, que forma el nudo del *Ramayana*, representa la misma idea;

pero en esta lucha los episodios son tan análogos a los de *La Iliada* y a algunos de *La Odisea*, que parece haber sido escrita o compuesta una obra teniendo a la vista la otra, según resulta del detenido análisis hecho por Quinet, Avril, Ozanan y otros ilustres escritores. Aquiles, nieto de Júpiter, y Rama, encarnación de Vichmí; Patroclo, el amigo inseparable de aquél, y Lakamanna, el hermano de éste; Sita, robada por Rovana, y Helena por Paris; Songriva, auxiliar de Rama, como Agamenón de Aquiles; Hanoumat introduciéndose en Lankasonde, donde está la robada Sita, como Diómedes en Troya; los monos y los mirmidones; Rama triunfando de Ravana, como Aquiles de Héctor, son personajes y episodios cuya analogía no puede ser explicada por la casualidad, ni acaso por la unidad de origen y la igualdad de concepciones místicas en los tiempos anteriores al definitivo establecimiento de unos y otros pueblos; esta analogía se extiende también a otras epopeyas, como el *Sha-Ramed* y los *Niebelungos*, cuyos personajes ofrecen grandes puntos de contacto con los citados.

De igual modo hallamos semejanzas entre la colección llamada *Manavadharmalastra* y la *Teogonía*, de Hesiodo; entre el drama sánscrito y el griego, nacidos ambos de un mismo origen y consagrados a asuntos análogos, y muy especialmente en el apólogo. El panteísmo predominante en la India y las teorías acerca de la metempsicosis, que contribuían a la dignificación de los animales, y acaso la ruda organización social, dieron vida a este género literario, mezcla de didáctico y satírico, que alcanzó gran desarrollo en la literatura sánscrita, en la cual

está representado por las notables colecciones *Pancha-Tantra* e *Hitopadesa*, y en todas las literaturas, tanto antiguas como modernas, que de ella lo han imitado, ya que no recibido por completo, siendo nuestra Patria la nación en que acaso haya logrado mayor influencia, pues sabido es que informa casi toda nuestra literatura de la Edad Media.

También es evidente el influjo ejercido por los sistemas filosóficos orientales, especialmente de la India, en la filosofía universal. Enfrente de la opinión de Zeller, que ha pretendido demostrar la completa espontaneidad de la filosofía griega, está la de Eladioh y Rabh, que sostienen la tesis contraria, la cual, aparte otros argumentos que expondremos, tiene en su apoyo el principio nunca desmentido de que jamás existió una civilización libre de influencias externas: ni el Imperio chino, que sistemáticamente ha permanecido apartado de toda relación, está exento de estas influencias, pues sabido es que sus sistemas filosóficos, ya por el orden de aparición, ya por el fondo doctrinal, tienen grandes analogías con los sistemas de la India, cuyo influjo denotan haber recibido.

Siendo alto mérito las composiciones que enriquecen la literatura india en sus varios aspectos, en ninguno se eleva tanto como en su literatura filosófica; no existe sistema creado por la humana inteligencia que no tenga en ella su representación debida: el monoteísmo, representado confusamente en el *Rig-Veda*; el panteísmo, defendido por las escuelas posteriores, ya dogmáticas, ya racionalistas, y el ateísmo, sostenido por los discípulos de Budha, ya que no por éste

mismo, y por los de Kapila, autor del materialismo sankyano; el espiritualismo, admitido por los sistemas brahmánico, védico y ugaya, y el materialismo por el sankya y atomístico de Kanada; la inmortalidad del alma por los partidarios de la metempsicosis, que forman en todas las escuelas, y la aniquilación nirvánica por los secuaces de Budha; la teoría del silogismo, explicada por Gotama; el atomismo cosmogónico, contenido en el sistema evaisechica; el ontologismo místico, en la doctrina de Yaga (Patandjali); el panteísmo idealista, en la escuela vedanta, y el dualismo en los libros de los brahmanes.

Tarea fácil sería señalar punto por punto las relaciones que entre la filosofía india y griega existen, puesto que todos estos sistemas enumerados y todas estas soluciones propuestas para explicar los tres problemas capitales de la Filosofía aparecen sucesivamente en Grecia, y, por otra parte, está demostrado que ésta tuvo con el Oriente un activo comercio científico: los hombres más ilustrados de Grecia viajaban para completar su educación, y acaso no haya un filósofo griego del que no sepamos como indudable que antes de exponer sus doctrinas viajó por Asia y Egipto, donde todos ellos debieron aprender las ideas fundamentales de sus sistemas.

En otras ramas científicas, en que los indios se elevaron a un extremo de perfección que hoy nos sorprende, no están puestas en claro las relaciones, estando, por el contrario, demostrado que ni las teorías gramaticales de los indios ni sus adelantos en las ciencias matemáticas, como la creación del álgebra y la invención del

sistema decimal, que los árabes nos transmitieron, llegando a conocimiento de los griegos.

Varias opiniones se han emitido para explicar el hecho patente de estas analogías: refiriéndose sólo al drama, sostuvo Windisch la hipótesis de haber influido el drama griego sobre el sánscrito, que es bastante posterior, puesto que su más insigne representante, Kalidasa, vivió en el reinado de Vikramaditya (un siglo antes de Jesucristo); pero ha sido rechazada por Heitz en una de sus notas a la literatura de Müller. La incertidumbre cronológica y la gran perfección de la dramática de Kalidasa, que exige un largo período de preparación, acaso coetáneo de la aparición del drama griego y desconocido para nosotros, desvirtúan la opinión de Windisch. De igual manera el testimonio de Dión Crisóstomo, citado por Dunker, referente a la recitación de cantos homéricos en la India, puede explicarse teniendo presente que las epopeyas indias se declamaban públicamente, como los cantos de Homero, por los rapsodas, y que las semejanzas que entre unas y otros existen pudieron dar lugar a confusión para un extranjero; y, en todo caso, aunque los indios hubieran poseído alguna versión de Homero, falta demostrar que ésta influyese en la composición de las epopeyas indias, cuya antigüedad es a todas luces mayor, remontándose a unos ocho siglos antes de Jesucristo.

Más natural parece la influencia en sentido inverso; esto es, de la literatura india sobre la griega, máxime estando puesta en evidencia en algunos puntos concretos, como en el apólogo y en la Filosofía. Teniendo, además, presente el

hecho significativo de que la civilización griega nace en las colonias asiáticas, desde donde se extiende al resto de la Grecia, no podrá tacharse de aventurada esta segunda opinión, y a robustecerla se encaminan los trabajos de filología comparada.

Las conclusiones más seguidas hoy no se inclinan, sin embargo, a ninguno de estos extremos. Admitida como indudable la influencia, y en tanto que nuevos datos no la expliquen satisfactoriamente, hemos de limitarnos a buscarle un fundamento en el parentesco de los pueblos arios. Está demostrado que cuando éstos se dispersaron, los mitos, en que se encarnaban sus comunes creencias, habían tomado ya un carácter antropomórfico, y acaso estaban ya mezclados con algún acontecimiento histórico, siendo después de la dispersión la fuente poética de donde brotan las literaturas. Este fondo poético común, que, según la escuela alemana, nace de la observación meteorológica, y, según el ya citado A. Avril, de una revelación primitiva, constituye el lazo de unión de todas las literaturas de él derivadas y la razón satisfactoria de las analogías observadas, sin que por esto quede excluida la posibilidad de ulteriores relaciones.

Mayor y más indiscutible es la influencia de la lengua y literatura indias en las literaturas modernas; las investigaciones históricas han recibido notable impulso merced al estímulo de los beneficios reportados por el descubrimiento del sánscrito; la historia de todas las ciencias se ha enriquecido con el caudal científico de la civilización india, en la cual no sólo la curiosi-

dad ha hallado satisfacción, sino la inteligencia ideas fecundas y aprovechables, y la Literatura ha encontrado una fuente de inspiración tan abundante como el clasicismo.

Pero donde la influencia ha sido más poderosa es en la filosofía novísima, que, según la declaración de uno de sus representantes, Hartmann, no es otra cosa que una gradual incorporación de la filosofía panteísta-idealista de la India a la escuela kantiana. No sería necesaria a la verdad esta confesión, porque el hecho está a la vista de todos; no sólo en Filosofía, también en Religión, se nota un movimiento que pretende innovarlo todo, resucitando la antigüedad, que ya parecía para siempre sepultada; el mismo autor ya citado, en su *Religión del porvenir*, propone como solución satisfactoria de la cuestión religiosa por él planteada un retroceso hacia el panteísmo indio, que juzga benévolamente.

De desear es que si se realiza el deseo de Schlegel y el sánscrito diera vida a un renacimiento de las letras, como el clasicismo en los siglos xv y xvi, el brillo de sus resultados no se oscurezca con la resurrección de antiguos errores.

Grande es también la influencia ejercida por los trabajos gramaticales sánscritos, que superan a todo lo hecho en Europa, y que, apenas conocidos, han transformado el estudio gramatical. Pánini, Patánchali, Yaska y Amara-Sinhá figuran en primer término en la serie de insignes gramáticos, habiendo llegado hasta nosotros producciones anteriores a las de éstos, como la *Pratīṣakhoja del Rig-Veda*—traducida por Regnier—, en que con concisión que se ha hecho proverbial

se exponen teorías gramaticales hoy por todos aceptadas.

Considerando esta importante rama del saber como un complemento del idioma, veamos los servicios que una y otro han prestado a los estudios lingüísticos, punto principal de esta tesis.

II.—(B)

No es empresa fácil ni necesaria para nuestro objeto trazar un cuadro completo del desarrollo de los estudios gramaticales desde que aparecen en los trabajos de la escuela alejandrina hasta que sufren una mudanza radical merced a la influencia del sanscritismo, que nos sirve de línea divisoria en la historia del lenguaje; nos basta dar una ligera idea de ese conjunto, tan vasto por la extensión de tiempo que abraza como por la abundancia de sus producciones, y fijar con exactitud los progresos alcanzados al terminar este primer período, para aquilatar con rigor y juzgar acertadamente los servicios por la lengua sánscrita prestados a la lingüística moderna.

Las épocas de mayor brillo para el estudio gramatical han sido aquellas en que el espíritu crítico alcanza un gran desarrollo, las cuales coinciden siempre con la decadencia de las civilizaciones, cuando las fuerzas intelectuales, fatigadas por una larga serie de trabajos creadores, se detienen a depurar o a recoger los elementos dispersos de la obra colectiva mediante una nueva serie de trabajos críticos; en Grecia no se cultiva en sentido propio la ciencia gramatical hasta el período alejandrino, en que figuran, entre otros, Zenodoto y Aristarco, Aristófanes de Bizancio y Dionisio de Tracia, autor de la prime-

ra gramática griega; antes de éstos sólo pueden citarse los trabajos de los diaskevas y alguna obra de Aristóteles; en Roma, no obstante la existencia de estos precedentes, que pudieron ser utilizados por Varrón, no aparecen estudios crítcogramaticales hasta los últimos tiempos, con Quintiliano, Gellio y Donato.

Los eruditos de la Edad Media, conservando todo el tesoro de la ciencia y literatura antiguas y haciendo estudios pacientes, minuciosos, sobre los textos, preparan el camino a los filólogos del Renacimiento, que, al restaurar la cultura clásica, produjo un movimiento favorable al cultivo de los idiomas que le servían de vehículo, y al frente del cual figuran los italianos Valla, Filelfo, Policiano y los Escaligeros; los alemanes Erasmo, Reuchlin, Lipsio, Ercio, Heinsio, Camerario, Barth y Freinheim; los franceses Casaubon, que con Scaliger y Lipsio forma el triunvirato literario del siglo xvi; Budeo, Murato y los Estéfanos; los ingleses Pearce, Clarke, Bentley y Middleton, y los españoles Nebrija, Montano, Sánchez, Avril y el *Comendador Griego*. Este movimiento se acentuó más cuando sobrevino la Reforma y el estudio de las lenguas se convirtió en elemento importantísimo para las disputas teológicas, y cuando el orientalismo comenzó a hacer progresos en Europa, introduciendo en las Universidades y en todos los centros de erudición un nuevo plan de enseñanza en que tenían cabida casi todas las lenguas de Asia, especialmente el árabe, el caldeo, el chino y el persa.

El resultado que para los estudios lingüísticos produjo este concurso de favorables cir-

cunstancias fué la ampliación de las investigaciones, y con ella un cambio radical en las teorías acerca del lenguaje y una serie de trabajos que inician, aunque imperfectamente, el método comparativo.

La primera obra escrita con el propósito de comparar varios idiomas y deducir de esta suerte sus afinidades es un ensayo de *Gramática poliglota*, de Guillermo Portel, el cual hizo grandes viajes por Oriente y llegó a poseer hasta doce lenguas de las habladas por los pueblos de Asia. A esta obra siguieron, dentro del mismo siglo xvi, el *Mitridates*, de Gesner (Conrado), no tan conocido como el bastante posterior de Adlung, al cual sirve de base, y el *Comentario acerca de la razón común de todas las lenguas*, escrito por el teólogo y humanista suizo Teodoro Buckmann, más conocido bajo el nombre de Bliander.

En el siglo xvii aparecen en primer término (1606) la *Harmonía etimológica de las lenguas*, de Esteban Guichard, e inmediatamente después el *Tesoro de las lenguas de este Universo*, de Juan Duret, en el cual se examinan hasta cincuenta y cinco diversos idiomas. Aunque limitado a un número bastante más reducido, es digno de especial mención el trabajo que acerca del sirio, caldeo, hebreo y árabe publicó Samuel Bochart en su excelente obra *Geografía sagrada* (1675).

Más atenta consideración merecen los trabajos del gran filósofo alemán Leibnitz, aunque en realidad hayan sido muy inferiores a sus elevados intentos. En 1713 escribió una carta al zar de Rusia, Pedro el Grande, pidiéndole su valio-

so auxilio en pro de un proyecto grandioso que había concebido y que explana en estos breves términos: "Siento un vivo deseo por que las numerosas lenguas habladas en el Imperio de vuestra majestad y en los Estados comarcanos, y hasta ahora completamente desconocidas y no estudiadas, sean coleccionadas en escritos; también querría que, reuniendo diccionarios, o cuando menos pequeños vocabularios, se hiciesen en dichas lenguas traducciones de los diez mandamientos, la oración dominical, el símbolo de los apóstoles y otras partes del Catecismo, *ut omnis lingua laudet Dominum*. Esto aumentaría la gloria de vuestra majestad, que reina sobre tantos pueblos y que desea tan vivamente verlos encaminados por la vía del progreso; al mismo tiempo, comparando estas diversas lenguas, podríase descubrir el origen de las naciones que, saliendo de la Scitia, que os está sometida, invadieron estos países." El intento de Leibnitz, sin embargo, no fué realizado hasta el reinado de Catalina, y en este intervalo aparecieron obras notables que respondían a su pensamiento: *El mundo primitivo*, de Conot de Gebelin, publicado en 1773, y el *Catálogo de las lenguas*, de Hervás, en 1784.

Antes de subir al trono la gran zarina de Rusia Catalina I, había demostrado su afición decidida a los estudios lingüísticos, encargando al capellán Dumaesq la formación de un Diccionario universal, siendo resultado de esta comisión el *Vocabulario comparativo de las lenguas orientales*.

Esta afición, lejos de desaparecer cuando tomó a su cargo la dirección de los asuntos del Esta-

do, se acentuó hasta el extremo de constituir su pasatiempo favorito, según ella misma declara en su carta al famoso médico suizo Jorge Zimmerman, que le había enviado un ejemplar de su libro *Von der binsamkeit (De la soledad)*, cuyas sombrías reflexiones la sacaron del «confinamiento» de nueve meses en que la habían tenido sus aficiones lingüísticas. El resultado de estos trabajos y de los datos copiosísimos reunidos en todos los países por los embajadores rusos fué el *Diccionario imperial*, cuyo primer tomo apareció en 1786, bajo la dirección del profesor Pallás. Los trabajos de Hervás, posteriores a esta fecha y complemento de su *Catálogo*, y el segundo *Mitridates*, de Adelung y Vater, cierran este extenso período de la Lingüística.

Difícil sería una crítica especial de los trabajos cuya somera indicación acabamos de hacer, y no más fácil la crítica general del conjunto, dada la gran variedad de sistemas, clasificaciones, tendencias y matices que en él aparecen. Existen, no obstante, notas características que lo separan por completo del segundo período y que son las más importantes para nuestro objeto. Únicamente excluiríamos de este juicio general las obras de nuestro compatriota Hervás y Panduro, las cuales son dignas de especial consideración.

La distinción fundamental entre las producciones que dejamos indicadas y las que analizaremos después, nace del concepto diverso que unas y otras tienen del objeto de sus estudios. El objeto de la Lingüística durante su primer período que es el que aquí toca juzgar—es el estudio «de las lenguas», y éstas, a su vez, no como «fin», sino como «medio». Los alejandrinos y los

romanos, los bizantinos y los «sabios» del Renacimiento, estudiaban los idiomas clásicos, porque éste era el medio de interpretar rectamente el sentido de los escritos o de expresar el pensamiento con claridad y corrección. Las lenguas orientales se estudiaron después con idéntico fin, y además, por las relaciones comerciales creadas en Asia merced a las expediciones religiosas de los cruzados y a las expediciones geográficas que comienzan con Marco Polo. Cuando las controversias religiosas que nacieron de la Reforma invadieron el campo de la Lingüística, ésta adquirió un lugar preferente en el estudio de la Teología, de la cual era como un auxiliar indispensable, pero siempre conservando su carácter puramente adjetivo, siempre puesta al servicio de ideas ajenas a sus propios naturales fines.

Nació de aquí, como derivación necesaria, que los estudios gramaticales no se acomodasen tanto a la peculiar manera de ser de cada idioma como al objeto a que se dirigían; el literato, atento a facilitar el estudio, creía preferible la enseñanza gramatical ajustada a los preceptos pedagógicos; el comerciante, la más práctica; el teólogo y el filósofo, no ya aceptaban, sino que inventaban a capricho sistemas favorables a sus concepciones, constituyéndose de esta suerte un estado tal de confusión y anarquía que imposibilitaba todo progreso científico y que aún no ha podido normalizar por completo la moderna Glotología.

Considerados los idiomas en el estudio gramatical como medios de expresión desprovistos de todo valor intrínseco, es evidente que la ciencia del lenguaje, en su sentido positivo, no podía

existir: sólo existía el conocimiento de las lenguas particulares y del lenguaje abstracto.

Para los que juzgaban que un idioma no tiene otro valor que el de su riqueza literaria o su práctica utilidad, ¿qué interés podía ofrecer el estudio histórico o comparado de unos y otros? Para los que buscaban en el campo de la Lingüística armas con que defender ideas religiosas o filosóficas aceptadas *a priori*, ¿cómo había de ser posible ese mismo estudio, que exige un espíritu paciente y dispuesto para el análisis y una gran imparcialidad? Muy al contrario de esto, ellos trajeron a la Lingüística sus preocupaciones, y sobre ellas edificaron como sobre una base sólida.

Para los gramáticos de este primer período que venimos estudiando no existía la ciencia del lenguaje tal como hoy la concebimos; esto es, no consideraban el lenguaje como una entidad «real», que vive y se transforma sucesivamente según leyes necesarias; que se extiende y se diversifica cuando se extienden y separan los pueblos de la raza en que existe, y que parece bajo una forma para dar origen a otras nuevas, sino que, al abandonar el terreno de las Gramáticas particulares, se elevaban a la Gramática general o filosófica, y el reunir en una sola todas las lenguas de ellos conocidas, salían de lo concreto para elevarse a la esfera de la abstracción y concebían el lenguaje como una entidad «abstracta», de igual suerte que en la Ontología abstraemos de los seres particulares las notas que a todos son comunes y formamos con ellas el concepto «ser».

Este concepto, así formado, de la Gramática dió origen a nuevos métodos, como el empleado

por Arnault y Lancelot en su *Gramática general* (1660), y que es comúnmente conocido con el nombre de «Método de los solitarios de Port-Royal», y otros posteriores, que inspiran las obras de Bonhours, Regnier, Desmarais, Beauzée, Condillac y Desbrosses. Y acerca del lenguaje considerado en su sentido filosófico, también existen innumerables trabajos de índole tan diversa como los sistemas de Filosofía: desde los que le explican como producto espontáneo de la naturaleza humana, hasta los que le hacen vehículo de la palabra divina y base de todo criterio lógico (tradicionalismo); desde los que le consideran como invariable, estático, órgano de la razón, hasta los que ven en él un elemento biológico, sujeto en sus evoluciones a las mismas leyes ideales o dialécticas de la Humanidad inventadas por los autores de la Filosofía de la Historia, a partir de la publicación del *Origen del lenguaje*, de Herder, existe una variedad infinita de doctrinas encaminadas a resolver en el terreno de la razón los problemas fundamentales de la ciencia del lenguaje, singularmente el problema relativo a su origen, que ha sido la preocupación constante de los filólogos, filósofos y teólogos.

La Lingüística, sin embargo, no adelantó un solo paso en su verdadero camino; antes se extravió por senderos extraños, porque estos trabajos, meritorios sin duda alguna y legítimos según los principios de la Lógica, no se inspiraban en el método propio del estudio de las lenguas, que no debe ser otro que el de las ciencias llamadas positivas, el análisis y la observación. Del mismo modo que las ciencias físicas y naturales no entraron en vías de progreso hasta tan-

to que, emancipadas de la Filosofía, adoptaron un metodo adecuado, la ciencia del lenguaje no adquiere solidez verdaderamente científica hasta que, elevándose del estrecho concepto de la Gramática particular y descendiendo de la esfera de las concepciones puramente abstractas, vino a quedar en el justo medio del estudio analítico, comparativo e histórico de las lenguas.

Estas tres fases del estudio tienen una relación tan íntima, que ni la comparación puede existir sin el análisis, ni faltando ambos se concibe el estudio histórico: lo primero es analizar, descomponer las palabras en sus elementos indestruibles; viene después la comparación entre éstos y la determinación de las semejanzas o afinidades que al compararlos se deduzcan; determinase, por último, la ley a que cada serie de hechos análogos obedece.

Así es que, no existiendo el análisis gramatical (y en todo este primer período de la Lingüística, hablando rectamente, no puede afirmarse que haya sido empleado), el trabajo de comparar unos y otros idiomas resulta necesariamente infructuoso, porque no puede pasar más allá de una imperfecta *sinopsis*.

El deseo de resolver de una manera concluyente el problema relativo al origen del lenguaje, que, según hemos ya indicado, atraía con gran fuerza la universal atención, fué parte poderosa para iniciar el estudio comparativo cuando los progresos del orientalismo trajeron consigo la ampliación de los horizontes de la Lingüística; mas, lejos de seguir un procedimiento racional, los autores de estos primeros trabajos invertían los términos: comenzaban por admitir la exis-

tencia de una lengua primitiva, que para unos era el chino, para otros el vasco, para algunos el celta, para la generalidad el hebreo, el cual contaba con los votos más autorizados (Arias Montano, Lipsio, Busckmann, Scaliger...), y una vez admitida esa lengua primitiva, todos los esfuerzos del ingenio se dirigían a convertir la hipótesis en verdad inconcusa, acumulando al efecto inmenso caudal de volúmenes, que representan un tesoro de tiempo perdido para la ciencia.

La mayor parte de las obras que hemos enumerado como formando en el conjunto de los estudios comparativolingüísticos no son otra cosa que grandes catálogos de palabras coleccionadas sin espíritu científico; pocas son las que ostentan condiciones más recomendables, y aun éstas tampoco son propiamente trabajos de Gramática comparada, sino de Diccionario comparado, pues, en efecto, los vocablos se comparan íntegramente constituidos; las semejanzas son, ya de forma externa, fonética, ya de significación, y las afinidades halladas resultan en extremo arbitrarias; baste, al efecto, citar las clasificaciones caprichosas de Guichard, Duret, Conot de Gebelin y del mismo Leibnitz, para comprender el alcance de tales investigaciones.

Al eminente filósofo que acabamos de citar se debe el primer movimiento de reacción contra esta marcha desacertada de la Lingüística; a su pluma debemos la protesta contra el absurdo método sintético predominante y contra la idea, convertida en artículo de fe, de la maternidad de la lengua hebrea. En su *Disertación acerca del origen de las naciones* decía a este propósito: «El estudio de las lenguas debe regirse por los prin-

cipios de las ciencias exactas. ¿Por qué comenzar por lo desconocido y no por lo conocido? Es evidente que debemos estudiar las lenguas modernas en primer término, porque están a nuestro inmediato alcance; comparándolas unas con otras y descubriendo sus diferencias y afinidades, podríamos pasar después a estudiar las que las han precedido, para establecer su filiación y su origen y remontarnos así, poco a poco, hasta los dialectos más antiguos, cuyo auxilio nos daría un legítimo y positivo resultado.» Estas palabras de Leibnitz, escritas en 1710, no produjeron resultado inmediato, y medio siglo después los estudios lingüísticos continuaban por los mismos derroteros, impulsados por fuerzas extrañas y desprovistas de todo criterio científico.

La comparación que el cardenal Wiseman establece entre este primer dilatado período de la Lingüística y el período de la Alquimia, que precede a la constitución definitiva de la Química, es en extremo exacta y expresiva. Así como el deseo de descubrir la piedra filosofal produjo un gran progreso en el análisis químico de los cuerpos, y, como consecuencia, el hallazgo inesperado de principios y leyes que son el punto de partida de la Química moderna, así también el vivo y constante afán de hallar la lengua madre o primitiva para satisfacer, más que el interés de la ciencia, el sentimiento religioso, dió vida a la verdadera ciencia del lenguaje.

Hasta el punto en que nos hallamos de esta rápida exposición, no hemos hallado aún trabajos que merezcan figurar con propiedad en el cuadro de esta ciencia: los unos se refieren a idiomas particulares y tienen un carácter más artístico

que científico; los otros abrazan un estudio más general y se dirigen, no a estudiar el lenguaje en sí, sino las leyes de su expresión lógica, gramatical o retórica; algunos consideran el lenguaje en su sentido filosófico, o sea en cuanto a la razón suprema de su existencia, de sus orígenes, de sus mudanzas y de sus fines; el menor número, por último, le estudia comparativamente, pero apenas si traspasa los límites de una catalogación o colocación sinóptica, según ya hemos expuesto. Considerada la Lingüística en un sentido general, abrazando la Filosofía, la Ciencia, el Arte y la Historia, todos los conocimientos, en suma, relativos al lenguaje y a las lenguas, los trabajos enumerados tienen en ella un lugar; pero si la tomamos en un sentido más restricto, tal como hoy se la considera, como ciencia de un lenguaje real, que ostenta diversas formas en los diversos períodos y pueblos, no hallaremos en lo hasta aquí estudiado otra cosa que precedentes de su formación o constitución definitiva.

Exigía y exige un estudio de esta naturaleza, en primer término, el conocimiento analítico de los idiomas, y después una comparación gramatical minuciosa; doble procedimiento necesario para deducir un tercer término, más importante, el sistema de leyes que presiden a la formación y evolución histórica de las diversas razas, familias y especies lingüísticas y que constituyen la base segura de una verdadera ciencia.

Este nuevo orden de trabajos tiene su verdadero punto de partida en la publicación del *Sistema de la conjugación sánscrita*, de Bopp, que abre el segundo período de la Lingüística; mas no se implanta de una manera brusca, sino que

atraviesa, aunque por breve plazo (1784-1816), por un estado transitorio, que representamos en Hervás y Panduro.

En efecto: analizando detenidamente los escritos del docto jesuita, único representante de nuestra patria en el concierto europeo que forman tantos ilustres cultivadores de este linaje de estudios, cae nuestro espíritu en gran perplejidad antes de formar juicio definitivo; injusto sería suponer que no son otra cosa que una continuación de los trabajos anteriores, porque en ellos se encuentran ideas, intuiciones diríamos mejor, completamente nuevas, que responden a un concepto de las lenguas muy distinto del que hasta entonces había prevalecido y que posteriormente han sido con evidencia confirmadas; pero también nos parece aventurado, aunque halague nuestro amor patrio, reconocer en Hervás el fundador de la Lingüística moderna, porque sus obras no responden, ni en la concepción ni en el plan, a un sistema propiamente científico y a un procedimiento nuevo conforme con la naturaleza de las lenguas; Hervás conoció la necesidad de fundar la comparación lingüística sobre un análisis previamente hecho; pero no pudo ajustar sus trabajos a esta idea fecunda, porque carecía de los valiosos elementos que sus sucesores pudieron emplear.

Los progresos del sanscritismo, según tendremos ocasión de comprobar, están estrechamente ligados con los progresos de la Lingüística, y en el período en que Hervás escribió su obra más importante, el citado *Catálogo de las lenguas* (1784), los estudios sánscritos estaban en su infancia y apenas eran conocidos de nombre en

Europa; no existían Gramáticas ni Diccionarios como los publicados en fecha posterior por los ilustres miembros de la Sociedad Asiática, y Hervás, aunque atento a todas las novedades de la ciencia y conocedor de los trabajos que acerca de este punto habían hecho sus predecesores y hacían sus contemporáneos, no poseyó la lengua sánscrita de una manera tan completa que le permitiera penetrar a fondo su mecanismo gramatical y comprender las relaciones que entre ella y las lenguas europeas existen. Sólo por incidencia habla de algunas semejanzas halladas por él entre el griego y el sánscrito, citando al efecto algunas palabras como *Deva-Theos*, ciertas terminaciones como las de participio *-as*, *-a*, *-am* y las griegas *-ος*, *-η*, *ον*, y demostrando la identidad entre los verbos *asmi* = *εσμι*. (Tratado II del *Catálogo*, cap. V.)

Carecía Hervás, por tanto, de una base segura para establecer el verdadero análisis gramatical, que, ofreciendo en sus comienzos serias dificultades, únicamente podía producir un resultado decisivo cuando se tuviese un cabal conocimiento de la lengua sánscrita, la cual, por su índole propia, por sus afinidades salientes con las lenguas de Europa, y principalmente por haber sido objeto de estudios analíticos tan sorprendentes como los de Pánini, presentaba para realizar aquel propósito condiciones singularísimas, irremplazables. Y faltando el estudio analítico, es evidente que no podía prosperar tampoco el estudio comparativo.

Así es que, aunque Hervás no sólo comprendía, sino que claramente afirmaba que la semejanza de los idiomas debe buscarse, no en la

analogía de los «vocablos» ni en las relaciones de su «significación», sino en los accidentes gramaticales, en la estructura de las palabras, aunque en casos determinados aplica esta doctrina a la práctica, por ejemplo, en la comparación que establece entre el vasco, en su concepto de lengua primitiva de España, y el georgiano (trat. II, capítulo VII), o entre el hebreo, que para él, como para Leibnitz, no es ni puede ser la lengua primitiva, y sus dialectos (caldeo, siríaco, sirio caldeo, samatano, galileo, cananeo, amharico, árabe y etiópico), que forman la gran familia semítica (tratado II, cap. IX), puede asegurarse que sus aciertos son debidos más bien a intuiciones que a la aplicación del análisis, todavía circunscrito a las formas externas de la declinación y conjugación. Y aparte de estos casos excepcionales en el estudio de todos los inmensos materiales que su constancia y asiduidad logró reunir según los antiguos procedimientos, colecciona más que compara, establece clasificaciones artificiales e involucra el estudio con asuntos de índole varia; en los tres tratados de su obra no estudia sólo las lenguas de América, Oceanía, Asia y Africa Continental y Europa, sino el origen de los pueblos; la etnografía, la historia, la religión, etc.

Los méritos de Hervás, grandes sin duda alguna, se condensan en estos tres términos: haber reunido en su vasta colección de lenguas el material necesario para los estudios posteriores; haber elegido para su trabajo un terreno más firme que el de la Filosofía y más amplio que el de la Gramática particular, esto es, el terreno propio de la Lingüística; haber iniciado el pri-

mero, aunque en imperfecto esbozo, el plan comprensivo de esta ciencia. La primera parte, referente a las palabras como elemento indispensable para el estudio gramatical, o sea la Lexicología, está representada por su grande y admirable enciclopedia, de que ya hemos hablado. La segunda parte, que abraza el estudio analítico, comparativo e histórico de esas mismas palabras, no tiene una especial representación en los trabajos de Hervás; pero ya hemos visto cómo expone éste el principio capital en que la Lingüística analíticocomparada se funda, y cómo en sus obras se encuentran dispersos observaciones y juicios posteriormente confirmados. En cuanto a la Lingüística histórica, también fué comprendida por Hervás en el amplio círculo de su estudios, pero con un carácter puramente externo y fundándola sobre hechos históricos, sobre observaciones etnográficas y geográficas, no sobre principios deducidos al considerar las mudanzas que las lenguas experimentan con el transcurso de los tiempos y al extenderse por las diversas regiones, porque aún no había aparecido en los dominios de la Lingüística la idea capital que la transforma, que cambia por completo sus rumbos, que caracteriza y señala con especial sello las producciones del segundo período que vamos a estudiar: la idea del lenguaje como entidad que goza de propia vida y que contiene en sí la explicación de su propia historia.

III.—(C)

Antes que pasemos a estudiar las nuevas y originales tendencias que nacen en el campo de la ciencia filológica por virtud de la introducción del sanscritismo en Europa, conviene hacer alguna breve indicación acerca de este importantísimo acontecimiento, la cual servirá, a la vez que para explicar los progresos posteriores, para establecer algunas reglas de crítica que nos guíen en la apreciación de los méritos individuales, de los particulares esfuerzos aportados a la obra común por cada uno de los que a ella han concurrido.

La gran importancia de este hecho ha motivado que escrupulosamente se investiguen y se aleguen cuantos datos podían ofrecer alguna valía y lisonjear el amor propio nacional.

La más antigua noticia que acerca de este punto tenemos se refiere a un florentino, Filipo Sassetti, quien en el siglo xvi vivió en la India algún tiempo, estudió el sánscrito y notó las analogías que a primera vista presentaba con su lengua natal. En el siglo xvii un sacerdote, también italiano, Roberto de Nobilibus, pariente del pontífice Marcelo II y del cardenal Belarmino, adquirió tan grandes conocimientos en la lengua de los brahmanes y en las congénitas, que pudo realizar la atrevida empresa de fingirse brah-

mán extranjero; mas, a pesar de la Memoria, que envió a Roma, de sus descubrimientos para justificarse de la acusación de idolatría que sobre él habían arrojado sus compañeros de misión, no logró despertar la atención del mundo sabio, y sus esfuerzos fueron estériles, así como los de Both y Haucleden.

En el siglo XVIII abundan más los datos referentes a esta cuestión y aparecen los primeros trabajos sobre la lengua y literatura sánscritas. Aparte de algunos dignos de mención, como Croze y Schulze, que poseyeron profundos conocimientos en esta materia, nos fijamos especialmente en tres nombres: Pons, Wesdin y Cœrdoux, los cuales, por investigación propia, conocieron el idioma sánscrito y aun llegaron a vislumbrar sus relaciones con las lenguas de Europa.

Del padre Pons, misionero francés, se conserva una carta, fechada en Karikal en 23 de noviembre de 1740, y dirigida al padre Duhalde, en la cual describe con ligereza, pero con alguna exactitud, la literatura sánscrita, los *Vedas* y los *Puranas*, los seis sistemas filosóficos y la astronomía india. He aquí lo que dice acerca de la Gramática: «La Gramática de los brahmanes puede colocarse al lado de las ciencias más bellas; las obras gramaticales de la lengua sánscrita o samskroutan ofrecen una feliz y original aplicación del análisis y la síntesis. Sorprende la perfección a que han conseguido elevar el arte gramatical; la lengua más rica del mundo ha sido reducida por el análisis a un escaso número de elementos primitivos, que son, por decirlo así, como el *caput mortuum* del idioma. Estos elementos no tienen uso propio, ni significan nada por

sí, sino que guardan relación con una idea, por ejemplo, *kru*, la idea de acción. Los elementos secundarios que afectan al primitivo son las terminaciones que le dan significación, ya de verbo, ya de nombre, según las cuales debe conjugarse o declinarse cierto número de sílabas que se intercalan entre el elemento primitivo y las terminaciones, algunas preposiciones, etc.

Al unirse los elementos secundarios, el primitivo cambia con frecuencia de figura; *kru*, por ejemplo, según el que se le agregue, se convertirá en *kar*, *kra*, *kri*, *kir*, etc. La síntesis reúne y combina todos estos elementos, formando variedad infinita de términos usuales. Las reglas de unión y combinación de estos elementos son las que enseña la Gramática; de suerte que un simple alumno que supiera la Gramática podría, aplicando estas reglas a una raíz o elemento primitivo, deducir o formar muchos millones de palabras verdaderamente sánscritas.»

Estas observaciones, que, aparte algunos errores, encierran cierto fondo de exactitud, no produjeron ningún fruto, porque eran como semillas sin terreno abonado en que germinasen, e igual suerte corrieron los esfuerzos de otro compatriota suyo, el padre Cœrdoux, quien se adelantó a William Jones al afirmar el axioma capital de la «unidad indoeuropea», punto de partida de la moderna Filología. He aquí las indicaciones que acerca de este hecho expone el profesor de Gramática comparada del Colegio de Francia, monsieur Michel Breal: «El abate Saint-Barthelemy se había dirigido en 1763 a un jesuita francés, el padre Cœrdoux, establecido hacía ya tiempo en Pondichery, para pedirle una Gramática y

un Diccionario de la lengua sánscrita y algunas ligeras reseñas acerca de la historia y de la literatura de la India. El padre Cœrdoux contestó en 1767, acompañando a su carta una Memoria, cuyo tema era: *Cuestión propuesta al abate Barthélemy y a los demás miembros de la Academia de Bellas Letras*. La cuestión estaba planteada en estos términos: ¿Cómo se explica que en la lengua sánscrita exista gran número de palabras comunes al griego y al latín, sobre todo al latín? En apoyo de su aserto daba cuatro listas de palabras y de formas gramaticales, haciendo notar que el aumento silábico, el dual y el alfa privativa se encuentran en el sánscrito y en el griego. Para justificar algunas de las soluciones por él indicadas, habla también de la fonética india: así *aham* no se semeja a primera vista a *ego*, pero él hacía notar que la *h* sánscrita es gutural y tiene un sonido análogo al de la *g*. La *c* de *catur* corresponde a la *q* de *quatuor*. Adelantándose, en fin, a la cuestión por él propuesta a la Academia, refuta con buenos argumentos toda explicación que pudiera darse, partiendo ya de las relaciones comerciales, ya de la comunicación científica, y concluye afirmando el parentesco originario de los indios, griegos y latinos. En una carta posterior agrega que también ha notado identidades entre el sánscrito, el alemán y el eslavo.

«Si la Academia—añade Breal—hubiera tenido un filólogo eminente como Freret, estas advertencias no hubieran sido estériles. Por desgracia, el abate Barthélemy dió el encargo de contestar al misionero al sabio traductor del *Zend-Avesta*, Auquetil Duperron, que, apasionado por las in-

vestigaciones históricas, sentía invencible despego hacia las investigaciones puramente gramaticales y las comparaciones entre unos y otros idiomas... Leídas las cartas a la Academia en 1768, no fueron impresas hasta 1808, después de la muerte de Duperron, y a continuación de una Memoria de éste. En el intervalo, el problema propuesto por el padre Cœrdoux había sido esclarecido por otros, y los estudios sánscritos quedaban constituidos en definitiva.»

En el año 1790, el padre Johann Philip Wesdin (Paulin de S. Bartolomeo), carmelita alemán, que había residido en la India largo espacio de tiempo, publicó en Roma la primera Gramática sánscrita, bajo el título de *Sidharubam seu grammatica samserdamica*, en la cual, así como en otros trabajos, demostraba con numerosos ejemplos la afinidad entre el sánscrito, el zendo, el latín y el alemán.

Los trabajos de éste, así como los de sus predecesores, meritorios, sin duda, pero, desprovistos del éxito, que caprichosamente deprime o eleva, con independencia de su propio valer, todas las obras humanas, no lograron el propósito a que se encaminaban, ya por haber sido abandonados en el desierto de la indiferencia, ya por haberse hecho públicos cuando otros, con más fortuna, habían conseguido el intento, ni merecen con justicia el honor, que algunos pretenden dispensarles, de haber incorporado la filología sánscrita a la filología clásica.

Pertenece éste a la Sociedad Asiática de Calcuta, fundada en 1784 por el primer virrey de la India, lord Warren Hastings, pues, a partir de su establecimiento, comienza una serie de trabajos,

no aislados, sino con el íntimo enlace que se deriva de la comunidad de origen y propósito. Antes de esta fecha, y merced al encargo del mismo lord Hastings, había publicado Halhed su notable *Gramática del bengalí* (1778), en cuya Introducción se leen párrafos como éste: "Estoy admirado de encontrar esta gran semejanza entre las palabras sánscritas y las árabes y persas, y aun las latinas y griegas, y esto no en los términos técnicos o metafóricos, cuya presencia sería explicable por haber sido tomados de las artes y ciencias de otros países, sino en el fondo mismo de la lengua, en los monosílabos, en los numerales y en los nombres de cosas que debieron recibir diversa denominación en la aurora de las civilizaciones.» Pero el que dió mayor impulso a estos trabajos, el iniciador de la fecunda idea de la fundación de la Sociedad Asiática, es sir William Jones, quien no sólo por esto, sino por los continuos esfuerzos que realizó al frente de tan docto centro, del cual fué presidente desde 1784 hasta 1794, fecha de su muerte, tiene más títulos que ningún otro para la primacía en la introducción del sanscritismo en Europa. Valiéndose de todos los medios hábiles, del periódico, de la disertación, de los trabajos gramaticales y de las traducciones de la bella literatura, consiguió mover la atención de los eruditos europeos, ofreciéndoles al mismo tiempo elementos para los primeros difíciles trabajos. Jones, como todos sus antecesores, notó desde el primer momento las afinidades lingüísticas del sánscrito con los idiomas de Europa, y así, en 1786, dirigiéndose a la Sociedad Asiática, decía «que, cualquiera que fuese la antigüedad del sánscrito, ha-

bía que reconocerlo como una lengua de maravillosa estructura; que era más perfecto que el griego, más rico que el latín, más culto y delicado que estas dos lenguas, con las cuales, no obstante, tenía una gran afinidad.» «Ningún filólogo—decía—podrá examinar el sánscrito, el griego y el latín, sin que note al momento que todos han nacido de una fuente común que quizá ya no existe. También hay una razón análoga, aunque menos evidente, para suponer que el gótico y el céltico tienen igual origen que el sánscrito, y aun la antigua lengua persa podría agregarse a esta familia.»

Jones confirmaba estos asertos fijándose, como ya lo había hecho Halhed, en las palabras que debieron ser primitivas, como los nombres numerales, los de las partes del cuerpo, los que designan parentesco, etc., y hallaba la afinidad evidente; mas no estriba su mérito principal, como ya hemos expuesto, en estas afirmaciones, que habían hecho con anterioridad cuantos se iniciaban en este linaje de estudios, sino en la difusión que logró hacer de ellos en Europa. Las obras que a este fin escribió W. Jones, aparte de otros trabajos y disertaciones, como los que fueron publicados por el *Diario de las Investigaciones Asiáticas*, son: *Cartas sobre el estado de la India* (coleccionadas en 1803), *Sakuntalá* (1789), *Leyes de Manú* (1794) y *Digesto de leyes indias* (publicado en 1800 por H. T. Colebrooke). En su juventud había publicado una *Gramática persa*, un *Tratado sobre la poesía oriental* y la *Vida de Nadir Chah*.

Tres nombres ilustres merecen figurar asociados al de Jones en la empresa de propagar los

estudios sánscritos: Wilkins (Charles), Carey (William) y Forster.

Débense al primero la publicación de la ya citada *Gramática bengali*, de Halhed; de dos episodios del *Mahabharata*, el *Bhagavad Gita* y la *Historia de Sacontala*; del *Hitopadesa* y de un documento antiguo: *Concesión real de terreno hecha por los antiguos rajahs del Indostán*. Sus obras gramaticales son muy notables: una *Gramática sánscrita*, publicada en 1808, aunque escrita veinte años antes, y las *Raíces sánscritas*, en 1815. Carey es autor de un *Diccionario y Gramática mahrattas*, de una *Gramática sánscrita* y de un *Diccionario del bengali*; su obra principal, no obstante, es la publicación del texto íntegro del *Ramayana*, en 1807. Forster, por último, publicó una *Gramática sánscrita* en 1810, y entrando en otro orden de estudios filológicos, escribió sus *Investigaciones acerca de la mitología y las costumbres de las Indias*.

Estos esfuerzos fueron admirablemente secundados en Europa por Colebrooke, fundador de la Sociedad Asiática de Londres y colector de un riquísimo tesoro de manuscritos indios, que a su muerte legó a la Compañía de las Indias. Sus publicaciones, de un mérito superior, son el coronamiento de la obra comenzada por Jones.

Además de un número considerable de Memorias publicadas por las *Investigaciones Asiáticas*, de Calcuta, son debidas a su pluma obras tan notables como el *Diccionario y Gramática sánscritos*, según los autores indios; la traducción, en parte, de la *Gramática* de Pánini, y los *Miscellaneous essays*, de los cuales sacó Dauthier su *Ensayo sobre la filosofía de los indios* (1827).

No haya de creerse, sin embargo, por lo que dejamos expuesto, que los estudios sánscritos se abrieron fácil y llanamente el paso apenas conocidos en Europa; toda idea nueva encuentra resistencias naturales antes de ser aceptada, y no podía ser excepción de la regla este hecho inesperado, que venía a destruir el edificio gramatical creado por los prejuicios y las genialidades y sostenido por la fuerza de la costumbre, y a crear otro nuevo, cuyos cimientos firmísimos eran el análisis gramatical y el estudio comparativo. Así es que se llegó al extremo de rechazar el nuevo idioma, juzgándolo como una superchería inventada por los brahmanes, y sostener, con este propósito, teorías absurdas e inconcebibles.

Otro grave obstáculo con que el sanscritismo tropezaba era el ser presentado con formas tan secas y áridas, que apartaban a la generalidad de su estudio. Las traducciones de la literatura sánscrita eran escasas, y aún no había engendrado ese entusiasmo que tan necesario es para la creación y propagación de una ciencia nueva, falta de prestigios tradicionales y de cierta velocidad adquirida, si se nos permite la frase.

La destrucción de estos obstáculos corrió a cargo de un entusiasta filólogo y poeta, Federico Schlegel, que llevó a cabo la empresa publicando en 1808 su obra *Heber die Sprach un die Weisheit der Indier*. Veamos a este propósito lo que escribe Max Müller: "Aunque publicada sólo dos años después del primer volumen del *Mithridates* de Adelung, la obra de Schlegel está tan distanciada de ella como el sistema de Copérnico del de Tolomeo. Schlegel no era un gran sabio, pero era un hombre de genio, y cuando se trata de crear

una ciencia nueva, la imaginación del poeta es aún más necesaria que la exactitud del sabio. Se requería, sin duda, la penetración del genio para abrazar en una sola mirada las lenguas de la India, de la Persia, de Grecia, Alemania e Italia, y comprenderlas todas bajo la común denominación de indogermánicas. Tal fué la obra de Schlegel, y por ello en la historia de la inteligencia se la ha llamado con verdad el descubrimiento de un nuevo mundo.» Las frases del ilustre autor de las *Lecciones acerca de la ciencia del lenguaje* no pecan de exageradas, pues todo el libro inestimable de Schlegel respira un entusiasmo sin límites por los nuevos estudios, principalmente por la bella literatura india, acerca de la cual escribía en la Introducción estas palabras: «¡Ojalá que esta rica, hermosa literatura, encontrara en nuestro siglo discípulos y Mecenas como los hubo en el siglo xv y xvi para los estudios de la Grecia clásica! Aquel famoso renacimiento dió por fruto el rápido rejuvenecer de las ciencias, y aun puede añadirse que el rejuvenecimiento y transformación del mundo; pues no serían menos grandes los efectos de los estudios indios si se emprendiesen con la misma energía y se introdujeran en el círculo de los conocimientos europeos.»

Merced a los trabajos combinados que sucintamente acabamos de indicar, los estudios sánscritos ganaron carta de naturaleza en Europa, y desde este momento su influencia ha ido en gradación creciente y ha penetrado en innumerables ramas de la ciencia, ensanchando notablemente sus límites en el período más oscuro

de los orígenes, modificando sus rumbos y aun creando nuevos organismos científicos.

Aunque la introducción del sanscritismo en el círculo de los estudios clásicos quedó consumada con la publicación de la obra de Schlegel, no por esto han cesado un momento los trabajos encaminados a revelarlo en toda su magnífica integridad y a difundirlo por todos los pueblos que se precian de civilizados; nada decimos, sin embargo, acerca de ellos, porque nuestro principal propósito es determinar el desenvolvimiento lingüístico que a su lado y paralelamente se manifiesta.

IV.—(D)

Dos elementos traía consigo el sanscritismo, que habían de prestar eficaz auxilio a la ciencia del lenguaje: un idioma, cuyo especial carácter ofrecía condiciones excepcionales para ensayar con éxito el método analítico y cuyas afinidades con las lenguas europeas facilitaban el estudio comparativo, y una riquísima literatura gramatical que, allanando aún más el camino y dando hecha la mayor parte del trabajo, la más lenta y difícil, hacía posible un rápido progreso. Ambos factores, en efecto, transformaron los estudios lingüísticos y los elevaron a la altura de una verdadera ciencia, o, con más exactitud, crearon una ciencia nueva; porque la Lingüística moderna difiere por tan esencial modo de la que hemos estudiado en el primer período, que, aparte las relaciones naturales de la sucesión cronológica y de la generación, nada encontramos de común entre una y otra: ni el fondo, ni la forma, ni el principio, ni la tendencia; como tampoco encontramos punto de semejanza entre la pequeña semilla y el árbol gigantesco que de ella nace al calor de los rayos solares y de los jugos de la tierra. Lo que estos agentes representan en la vida vegetal, representa, siguiendo la comparación, el sánscrito en el desenvolvimiento de la Lingüística.

Es éste un hecho que no exige prueba de ninguna clase, porque pertenece a nuestro tiempo, porque está al alcance inmediato de nuestros sentidos y porque su eficacia no se ha extinguido todavía, sino que continúa produciendo incesantes progresos. El año 1808 terminaba la introducción del sancritismo con la «consagración» oficial que hizo Federico Schlegel; desde este momento, los estudios lingüísticos toman un nuevo giro ante el eficaz auxiliar que se les presenta; en 1816 aparece la obra primera de Bopp, escrita a la luz de las nuevas ideas y destinada a inaugurar una nueva época. He aquí tres hechos que no dejan lugar a controversias.

Habiendo expuesto con anterioridad la situación en que se encontraban los estudios lingüísticos al expirar el siglo XVIII, veamos ahora qué cambios se introducen en ellos bajo la influencia de la lengua sánscrita, para determinar con toda exactitud los servicios que ésta ha prestado a la ciencia del lenguaje.

El cambio más trascendental consiste en haber separado de ésta las influencias extrañas que la apartaban de sus naturales derroteros. Cuando el espíritu, deseoso de satisfacer su curiosidad innata, carece de medios propios para conseguirlo, suele apartarse de los consejos de la prudencia e inventar a capricho hipótesis más o menos justificables: tal aconteció en este asunto del lenguaje. Mas al aparecer la lengua sánscrita y al vislumbrarse en ella la promesa de más satisfactorias explicaciones, hacia ella se convirtió la atención de algunos, y ante los primeros rápidos adelantos, las resistencias que se opusieron, pronto cedieron el paso a un nuevo saber

libre de las trabas que hasta entonces habían formado el prejuicio religioso y el ergotismo escolástico.

Encauzada de esta suerte la ciencia del lenguaje, y obligada a hallar dentro de sí misma la explicación de todos los problemas, sufre una esencial transformación: antes había sido su objeto estudiar las lenguas con un fin ulterior, ya para conocer las literaturas, ya para extender el comercio, ya para traducir a todas ellas el Catecismo y propagar la religión cristiana (*ut omnis lingua laudet Dominum*, escribía Leibnitz); ahora, dejando estas explicaciones, más propias del Arte que de la Ciencia, para que sean cultivadas en su lugar adecuado, estudia el lenguaje por el lenguaje, y aunque lo hace en un sentido de generalidad, no prescinde de los hechos positivos, sino que sobre ellos, sobre el resultado de la investigación, análisis y comparación gramaticales, funda la solución de todos los problemas; «en ella no es considerado el lenguaje como un medio—dice Max Müller en su ya citada *Sprachwissenschaft*—, sino como el objeto propio de la investigación científica; los dialectos vulgares en que no se ha escrito ninguna obra literaria, las jergas de las tribus salvajes, los sonidos inarticulados de los hotentotes y las modulaciones vocales de los indochinos son tan importantes, y para ciertos problemas más importantes aún, que la poesía de Homero o la prosa de Cicerón. Vamos a estudiar el lenguaje, y no las lenguas; queremos saber qué es y cómo puede servir de órgano al pensamiento; queremos conocer su origen, su naturaleza y sus leyes, y para llegar a este conocimiento reunimos, ordenamos y clasi-

ficamos todos los hechos lingüísticos que están a nuestro alcance».

Esta manera de considerar el lenguaje como distinto de las lenguas no tiene aparentemente gran valor, puesto que, no siendo para nosotros el lenguaje una entidad abstracta, sino un hecho real, que se manifiesta en formas distintas, las lenguas habladas, ambos términos son equivalentes; pero sí ha tenido gran trascendencia para la Lingüística, como lo comprueba el éxito desgraciado de los ensayos de Gramática comparada escritos sin el auxilio de los elementos aportados por el sanscritismo.

Pretendíase en éstos establecer una Gramática comparada combinando las Gramáticas particulares, y formar con todas ellas una especie de código que a todas las comprendiese, siendo el resultado final un conjunto de conclusiones gratuitas y ajenas a toda verdad científica. Díganlo si no las producciones anteriormente mencionadas en el primer período lingüístico, y algunas que entran cronológicamente en el segundo, como la *Gramática comparada de las lenguas de la Europa latina en sus relaciones con la lengua de los trovadores* (1821), obra de un ingenio tan esclarecido como Raynouard, y plagado, no obstante, de caprichosas invenciones.

Porque así como sería posible constituir una ciencia cualquiera de la Naturaleza, la Antropología, por ejemplo, sumando los datos recogidos por la observación de los individuos aislados, tampoco basta el estudio, por muy comprensivo que sea, de cada uno de los idiomas para formar la ciencia del lenguaje. La Antropología, fundada sobre los hechos o fenómenos individuales, sería

un tejido de contradicciones: para que sea verdadera ciencia es necesario que la observación recaiga sobre los individuos considerados como variedades de un tipo único, que prescinda de las notas peculiares de raza, carácter, temperamento, sexo, edad, aptitudes, etc., tomando sólo aquellas que son comunes y que constituyen el fondo esencial humano. La Lingüística, de un modo semejante, exige, para elevarse a la categoría de ciencia, que sus principios y sus leyes se deduzcan del análisis de las lenguas consideradas como individuos pertenecientes a una especie, en la cual, como en unidad armónica, se resuelve lo vario y lo contradictorio. Esta idea trascendental, que informa todas las producciones de la Lingüística moderna, no aparece hasta que el sánscrito vino a demostrarnos la fraternidad de las lenguas indoeuropeas.

A tres cuestiones fundamentales puede reducirse el estado de la ciencia del lenguaje: conocer primero la naturaleza de éste, investigar después su origen, y determinar, por último, las leyes de su evolución; tres problemas cuya solución está subordinada a los resultados del análisis, comparación e historia lingüísticas, que hasta el día no autorizan para establecer ninguna teoría definitiva, pues en el momento actual se está operando en el campo de la Lingüística una reacción contra las exageraciones de algunas hipótesis y contra la tendencia general de los filólogos o lingüistas sucesores de Bopp.

Antes, sin embargo, de reseñar este movimiento de la Lingüística en sus puntos más salientes, consignemos las conclusiones que acerca de esta triple cuestión se han formulado.

En cuanto a la naturaleza del lenguaje, ya hemos dicho cómo la ciencia le considera actualmente: ya no es un simple medio de expresión, sino un organismo con vida propia, con variedad armónica, aunque hasta el momento actual irreducible a una unidad superior y sujeto a leyes esenciales; pero dispútase si es «un producto natural de la conciencia humana» o es una cualidad o propiedad innata a nuestra naturaleza y coetánea con el hecho de nuestra creación, problema subordinado al del origen del lenguaje y al de su evolución, porque los hechos históricos nos presentan siempre al hombre dotado de palabra, y ésta, no atendiendo nosotros a los precedentes que la explican, tanto puede darnos armas a los partidarios de una teoría como a los de la opuesta.

Cuando se busca la razón de ser de una lengua en obras simultáneas o precedentes, nótase una maravillosa convergencia de todas hacia un centro común, en el cual las diversidades se desvanecen, y a su vez este centro de unidad, con otros análogamente formados, tienden a un término superior; fenómeno que autoriza para establecer como hecho indudable la existencia de una lengua primitiva, la cual desapareció al dar vida a otras varias, dejando de ser hablada y no teniendo escritura que hiciera posible su conservación; así se explica que la Lingüística haya demostrado la «fraternidad» de varios grupos o familias de idiomas, sin poder establecer la «filia-ción», entre los mismos respecto de una lengua madre, que algunos han pretendido reconstruir según los principios de la ciencia.

Frente a esta doctrina que acabamos de ex-

poner encuéntrase la autorizada opinión de Renan, el cual cree que «en Lingüística es necesario considerar los dialectos de igual suerte que en Historia Natural se consideran las especies ya constituidas; esto es, como un hecho natural y permanente, sin tratar de investigar si las diversidades presentes existían o no en el origen. La unidad no debe colocarse al principio, porque el idioma en las primeras edades sería un lenguaje ilimitado y caprichoso, producto de una libertad sin trabas de ningún género, y así, en lugar de poner como precedente de los varios dialectos una lengua única y compacta, debe afirmarse que la unidad resulta de la extinción sucesiva de las variedades dialectales». Este concepto, deducido del estudio de las lenguas semíticas, es, sin embargo, erróneo, según el juicio unánime de los más distinguidos ariólogos, pues al análisis de la lengua sánscrita y sus hermanas se debe el esclarecimiento de esta importante cuestión. «El resultado final del estudio de las lenguas arias—dice Pictet en su *Ensayo de Paleontología lingüística (Los orígenes de los indoeuropeos)*—es que todas ellas descienden de un tipo común, cuyo carácter, no obstante sus varias alternaciones, han conservado; de una lengua primitiva, real, viva, acabada, que ha servido de origen común a un pueblo entero. No es ésta una hipótesis inventada para explicar las relaciones que entre las mismas se descubren; es una conclusión que se impone con la fuerza irresistible del hecho mejor comprobado. Cuando un gran número de lenguas de tan caracterizada estructura convergen en todos los detalles de su organismo hacia un centro común, en el cual

los hechos particulares tienen su razón de ser, es imposible admitir que este centro haya tenido una existencia ideal tan sólo, que esta armonía maravillosa resulte de un impulso instintivo propio de cierta raza de hombres.»

«Todos los dialectos—expone Grimm en su *Historia de la lengua alemana*, inspirada en las teorías gramaticales indias, especialmente de Pálini—se desenvuelven en orden progresivo; cuanto más nos remontamos al origen de las lenguas, menor se va haciendo su número y las diferencias que las separan. Si así no fuera, la explicación de cómo los dialectos se forman y por qué existen multiplicidad de lenguas sería imposible. Toda diversidad ha brotado gradualmente de una unidad primitiva. Los dialectos alemanes se refieren todos a una lengua germánica común, y ésta, a su vez, con el lituano, eslavo, griego y latín, no es otra cosa que un dialecto de una lengua más antigua todavía.»

Resuelta la primera parte de la cuestión, resta, para dejarla esclarecida por completo, determinar si esta lengua primitiva, que indudablemente ha existido, es obra humana o divina; asunto de escaso interés para la Lingüística, pero importantísimo para la Religión y la Filosofía.

La unidad lingüística lleva consigo la negación del autoctonismo de los pueblos, que algunos han pretendido sostener como hecho demostrado, y en tal caso, habiendo de admitirse la existencia de una familia, tribu o pueblo primitivos, de donde salieron los demás pueblos, y de una lengua primera, de donde salieron las demás lenguas, parece natural que relacionemos ambos conceptos, inclinándonos en el sentido de una creación

simultánea del hombre y el lenguaje, que es uno de sus más nobles distintivos.

Sin abandonar el terreno propio de la Lingüística, con los datos por ésta suministrados, observando el modo en que la evolución del lenguaje se realiza, puede sostenerse la anterior afirmación con preferencia a otra cualquier hipótesis. Si la historia del lenguaje nos atestiguase que éste ha atravesado por diversos períodos de desarrollo progresivo, hasta llegar a la forma de flexión, que caracteriza a las lenguas arias (*flexionssium*, de Humboldt), no andarían descaminados los que le consideran como un producto de la conciencia humana, por un lado, y por otro, de la necesidad de comunicación una vez que las sociedades se constituyen, y habría algún fundamento sólido sobre que apoyar el edificio del «transformismo lingüístico» que, a partir de Schleicher, se ha venido construyendo con teorías más o menos ingeniosas. Pero, lejos de esto, el lenguaje realiza su evolución en sentido inverso; la ciencia no ha llegado aún a formar con las diversas lenguas habladas una cadena no interrumpida, en la cual se asigne a cada una el lugar cronológico que le corresponde y las relaciones mutuas que las enlazan, existiendo sólo algunos trabajos acerca de determinados grupos lingüísticos, entre los cuales el más estudiado y conocido es el que forman las lenguas arias.

Pues bien: refiriéndonos a éstas, podemos, desde luego, asegurar que, ni en su creación, ni en su desenvolvimiento, han obedecido al impulso de fuerzas puramente naturales. La creación natural exigiría una aparición gradual de los elementos del lenguaje en relación con los diversos

estados del hombre y la sociedad, puesto que en tal caso debería ser un exacto reflejo del uno y de la otra; las evoluciones posteriores ofrecerían el mismo carácter, un ascenso continuo de lo sensible a lo racional, un enriquecimiento sucesivo en los términos de expresión y una perfección cada vez mayor, según fuese mayor también la cultura intelectual.

El estudio histórico de las lenguas indoeuropeas conduce a una solución contraria; el fondo común de todas ellas, en que la afinidad resulta más patente, el caudal léxico común, que debió ser la base de la lengua madre, de la fuente originaria, se extiende precisamente a las ideas abstractas o a aquellas otras que expresan las más elevadas relaciones del hombre con el mundo exterior: las ideas de número, las que se refieren a la divinidad representada en la Naturaleza y sus fuerzas, a los vínculos familiares y sociales, etc.; el carácter general de las mismas, que hemos dicho consiste en ser lenguas de flexión, varía degenerando: la lengua sánscrita nos presenta el modelo más acabado de la flexión sintética, que ofrecen también, aunque en grado menor, las lenguas clásicas europeas; las lenguas modernas derivadas de ésta pierden el sintetismo, tomando formas analíticas que facilitan la expresión del pensamiento, pero que revelan una degeneración del lenguaje, el cual pierde vigor, armonía y belleza. Del mismo modo decrece considerablemente el número de formas gramaticales. Tomando por tipo las verbales, según los cálculos de Curtius y O. Müller, el sánscrito védico tenía 891; el clásico, casi una mitad; la lengua griega, 507; el latín, 143, quedando re-

ducidas en las lenguas románicas a un número harto escaso.

Resulta, pues, que la historia del lenguaje, lejos de presentar una serie de continuados progresos, nos revela una positiva degeneración en las lenguas, que con el transcurso del tiempo se empobrecen y pierden su valor estético intrínseco, quedando reducidas a la condición de reflectores de las bellezas del pensamiento manifestado; y como sería absurdo sostener que una creación exclusivamente humana se desenvuelva en sentido inverso del hombre y sus facultades, podemos ratificar la idea antes enunciada de que si el estudio positivo de las lenguas no ha proporcionado aún los elementos necesarios para una solución clara y precisa, los datos hasta el día recogidos y las observaciones practicadas en el grupo de las indoeuropeas contradicen las pretensiones de los partidarios de la creación natural del lenguaje y de su evolución en sentido transformista.

Descartando estos problemas de carácter general y entrando en el estudio de las cuestiones que atañen al fondo de la ciencia lingüística, veamos qué transformación tan radical sufre ésta bajo la influencia del sanscritismo.

Hemos visto que el nuevo método adoptado por los lingüistas consistía, hablando concisamente, en no apartarse un momento del terreno de la Gramática analítica y en estudiar los idiomas en su unidad, o sea comparativamente; así es que la Gramática analítica y comparada (o Gramática comparada solamente, porque la comparación se funda sobre el análisis) ha venido en nuestros días a constituir la rama más impor-

tante de la Lingüística, llegando casi a identificarse la una y la otra.

Figura al frente de la reforma en los estudios lingüísticos y se reputa como verdadero fundador de la Gramática comparada, no obstante los meritorios trabajos precedentes, de que ya hemos hecho mención, el gran filólogo alemán Francisco Bopp, nacido en Maguncia en 1791. Después de estudiar las lenguas clásicas en la Universidad de Aschaffenburg, bajo la dirección del profesor Windischmann, fué pensionado por el rey de Baviera para proseguir sus trabajos en Gotinga, Londres y París, donde fué iniciado en el conocimiento de la lengua sánscrita por el orientalista inglés Hamilton, autor de algunas obras importantes, como los *Términos de la Gramática sánscrita* y un análisis del *Hitopadesa*; conocimiento que él perfeccionó después hasta el extremo que acreditan su *Glosario sánscrito*, deducido del texto de los *Vedas* y escrito en lengua latina, y su *Gramática crítica de la lengua sánscrita* y el *Compendio* acerca del mismo asunto, obras dedicadas a la enseñanza del sánscrito en la Universidad de Berlín durante el desempeño de su cátedra.

Bopp encontró el camino más llano y despejado que sus antecesores; pudo estudiar el sánscrito en las fuentes originales y con el auxilio de las Gramáticas indias, cuyo sistema de análisis minucioso influyó sobre él de una manera decisiva, señalándole un nuevo rumbo y dándole la pauta para sus trabajos.

La obra realizada por Bopp está representada en dos importantísimos trabajos: *El sistema de conjugación sánscrita comparado con el de las*

lenguas griega, latina, persa y germánica, publicado en 1816, y la *Gramática comparada de la lengua sánscrita, zenda, griega, latina, lituana, eslava antigua, gótica y germánica*, cuyo primer volumen aparece en 1833 y cuya publicación completa no termina hasta 1852. Ambas producciones forman un todo completo, siendo la primera como el cimiento del edificio, y la segunda, el edificio ya terminado. En el intervalo de la una y la otra aparecen trabajos importantes de los que siguieron los pasos de Bopp, como la *Historia de la lengua alemana*, de Jacobo Grimm (1848), los estudios sobre la lengua kavi, de G. Humboldt, las *Investigaciones etimológicas*, de Pott, y los estudios sobre la lengua persa, de Eugenio Bournouf, todos los cuales pudieron ser utilizados por aquél en la formación de su *Gramática*, que indudablemente por esto abraza un conjunto de observaciones más amplio que el de su primer ensayo.

Tiene éste, sin embargo, aunque menor mérito científico, una gran significación en la historia de la Lingüística, como hace notar el ya citado M. Breal en su prólogo a la traducción que en 1866 hizo de la *Gramática comparada*, de Bopp. «La originalidad de la obra de Bopp—dice—no consiste en haber presentado el sánscrito como una lengua de la misma familia que el griego, el latín, el persa y el gótico, ni en haber precisado la naturaleza y el grado de parentesco que une la lengua sánscrita y las lenguas de Europa. Esto hacía tiempo que estaba descubierto; pero si ya se habían fijado las relaciones que existen entre las lenguas indoeuropeas, nadie había comprendido que estas com-

paraciones podían proporcionar los materiales para una historia paralela de las lenguas. Se daban las pruebas del parentesco entre el sánscrito y las lenguas de Europa; pero, una vez demostrado esto, creíase que el lingüista había terminado su misión y que debía ceder la palabra al historiador y al etnólogo. El pensamiento del libro de Bopp es muy distinto... El observa las modificaciones experimentadas por esas lenguas, idénticas en su origen, y muestra la acción de las leyes que han determinado, en idiomas salidos de la misma fuente, formas tan diversas como el sánscrito, el griego, el latín, el gótico y el persa. A diferencia de sus antecesores, Bopp «no abandona el terreno de la Gramática», enseñándonos que al lado de la historia propiamente dicha hay otra historia de las lenguas, que puede ser estudiada «por sí misma» y que encierra sus enseñanzas y su filosofía... Por una consecuencia natural, el análisis de Bopp es más penetrante, más minucioso que el de sus predecesores: entre el sánscrito y las lenguas de Europa hay afinidades tales que a primera vista se descubren y que atraen fácilmente la atención; pero también existen otras más encubiertas, aunque no menos evidentes, cuyo conocimiento exige un estudio más delicado y observaciones más numerosas. Los que veían en la unidad de la familia lingüística indoeuropea un hecho cuya demostración está encomendada al lingüista, pero cuyas consecuencias debían deducirse fuera de la Gramática, natural era que se contentasen con las analogías evidentes; pero Bopp, que en cada modificación experimentada por el «tipo» de la lengua primi-

tiva encontraba un hecho para la historia que trataba de escribir, debía profundizar en sus investigaciones, poner en relieve las analogías ocultas y reanimar aquellos puntos de semejanza oscurecidos por el tiempo... Otra novedad no menos importante encerraba la obra de Bopp, puesto que en ella por primera vez se intenta explicar las flexiones, que han sido siempre la parte más oscura y enigmática de las lenguas... A la teoría de Schlegel, que pretendía que las flexiones no tienen significación propia, ni han tenido existencia independiente, ni sirven ni han servido jamás para otra cosa que para modificar las raíces, únicos elementos significativos de las lenguas, ni son más que un producto inmediato y espontáneo de la inteligencia humana, Bopp oponía sólo algunos hechos tan sencillos como incontrastables. El había elegido como asunto de su trabajo el verbo, una de las partes de la Gramática donde se puede más fácilmente descubrir la verdadera naturaleza de las flexiones, y demuestra con numerosos ejemplos que las desinencias personales de los verbos son pronombres personales unidos a la raíz verbal, y prueba que las flexiones son antiguas raíces con valor propio y existencia individual... Uno de los principales méritos de Bopp es haber combatido la hipótesis de Schlegel, que abría la puerta al misticismo, descartándola de los estudios gramaticales.»

Cuando tratamos de investigar los antecedentes de la obra realizada por Bopp en el conjunto de sus trabajos, fijándonos en el plan y objeto de éstos, hemos de retroceder hasta los estudios gramaticales de los indios, fuera de los cua-

les no existen precedentes que satisfagan las exigencias de la crítica. «El creador de la ciencia gramatical y del método etimológico es—según afirma monsieur Delatre—Pánini, el primero de los gramáticos indios. El ha inaugurado la crítica del lenguaje e inventado «los procedimientos analíticos», base de nuestros modernos descubrimientos, los principios filológicos que los griegos ni siquiera habían sospechado. Pánini los descubre sin gran esfuerzo y los expone en concisos axiomas.» Pues bien: ese método analítico no conocido en Europa hasta que el sánscrito fué descubierto, ni practicado por los sucesores de Bopp, fué utilizado por éste, naciendo de la adopción de un procedimiento igual al de Pánini una gran semejanza en las conclusiones. Bopp, lo mismo que Pánini, estudia en las palabras separadamente dos elementos, elementos radicales y formas gramaticales, considerando después en la palabra hablada un tercero, el sistema fonético, cuya explicación es debida, en primer término, a Jacobo Grimm. Los elementos radicales son de dos clases: raíces verbales, que expresan una acción, un modo de ser, y raíces pronominales, que designan objetos, no de una manera abstracta, sino con la idea accesoria de su situación en el espacio. Las formas gramaticales o desinencias fueron en un principio palabras independientes, que después se aglutinaron con otras, a las que habían de modificar, quedando, por último, reducidas a la condición de sílabas o letras formativas, sin valor propio, pero revelando su antigua significación en las modificaciones que introducen en las palabras a que se unen.

Separados por un análisis minucioso los diversos elementos de las palabras, el estudio comparativo era más fácil y provechoso para la ciencia que el que se regía por el antiguo método «sinóptico», y se limitaba a comparar las palabras en su integridad y de una manera puramente externa. Así es que, apenas publicó Bopp el primer volumen de su *Gramática*, todos los espíritus serios comprendieron la trascendencia de la innovación que se introducía en la Lingüística, y sin esperar el total resultado de la obra, lo adivinaron, no por arte profético, sino atendiendo al gran valor científico del nuevo método que se inauguraba. Dando cuenta de la aparición de ese primer fragmento, escribía Bournouf en el *Journal de Savants*: «Por la forma que le ha dado el autor, este libro ha de ser seguramente la obra que encierre la solución más acabada del problema que en sí envuelve el estudio comparativo de las numerosas lenguas pertenecientes a la familia indogermánica.»

Los trabajos de Bopp se dirigían principalmente a resolver dos problemas: uno relativo al fondo del lenguaje, a los elementos radicales; otro, a la forma, a la morfología; faltaba un tercero, consistente en determinar las leyes reguladoras de las transformaciones que con el transcurso del tiempo las raíces y las desinencias experimentan, el cual fué, en primer término, analizado a la luz de los principios gramaticales del sánscrito por Jacobo Grimm en su ya citada *Historia de la lengua alemana*, en la cual se muestra aún más claramente que en las obras de Bopp la influencia de las teorías de Pánini. En ella expone las cuatro leyes principales que

rigen la evolución de las lenguas indoeuropeas y que por extensión han sido posteriormente aplicadas a otros grupos lingüísticos. La ley de la rotación de las consonantes (*lautverschiebung*), acerca de la cual dice G. Gallois que es el descubrimiento más notable y trascendental del insigne filólogo. «Es necesario ver cómo hacia la mitad del primer siglo de nuestra Era, las consonantes mudas de las raíces indogermánicas se han cambiado en la lengua gótica, de tal suerte que la «tenue» ha sido reemplazada por una «aspirada»; la «media», por una «tenue», y en fin, la «aspirada» por una «media». Hasta el siglo VI, las palabras así transformadas han sufrido una nueva alteración en el alto alemán.»

Para dar un ejemplo de esta ley, que se descubre con mayor claridad en el dialecto alemán, citemos la voz *πατήρ*, de la lengua griega, que se convierte en *fadr* en gótico y *vater* en alto alemán. El autor, en fin, después de un examen de las famosas «glosas malbérgicas», de las cuales ha restituido un buen número a las lenguas germánicas, combatiendo la opinión de Leo, que reconocía en ellas señales del celta, desenvuelve los caracteres gramaticales propios de las lenguas indoeuropeas, que, además de la ya citada *lautverschiebung*, son: la «debilitación de las vocales verbales» (*ablant*), la «declinación» y la «conjugación débil», que él refiere de una manera más inmediata a la lengua alemana, objeto propio de sus investigaciones; pero todas ellas fueron ampliadas y generalizadas por Bopp, que fundó sobre ellas todo su sistema lingüístico.

Aparte de otros puntos en que los trabajos

que acabamos de enumerar ofrecen motivo suficiente para una crítica desfavorable, adolecen todos ellos, en conjunto, de un gran defecto. En el deseo de romper los antiguos moldes, creando una ciencia nueva cuyo objeto fuese, según hemos con anterioridad expresado, el lenguaje como entidad real, sustantiva, se llevó a un límite exagerado la reacción y se pretendió explicar la naturaleza y leyes glotológicas con independencia absoluta de condiciones tan íntimas y esenciales como las que se derivan del sujeto del lenguaje y del medio en que éste se desarrolla.

Así es que las leyes de Bopp y de Grimm tienen un carácter puramente «fisiológico» y externo y se prestaban a conclusiones en extremo radicales, que sus autores no dedujeron, pero que no tardaron en ser deducidas y expuestas por un distinguido filólogo, también alemán, Augusto Schleicher, autor, entre otras notabilísimas obras, de *La teoría de Darwin y la Lingüística* (1863), *De la importancia de la lengua para la historia natural del hombre* (1865) y del *Compendio de Gramática comparada de las lenguas indogermánicas*, en el cual intenta reconstruir el tipo primitivo, la lengua madre de que todas ellas derivaron. Schleicher cree que el «transformismo» es una consecuencia natural de los principios admitidos como incontrovertibles en las ciencias naturales: «Fúndase sobre la observación, y es esencialmente histórico. Lo que ha hecho Lyell para la historia de la Tierra lo ha aplicado Darwin a la historia de sus habitantes. La teoría de Darwin es una necesidad; no es el producto de una mente soñadora.» Y aplican-

do después sus principios a la Lingüística, afirma que todas las lenguas tienen semejante origen morfológico: «Cuando el hombre pasó desde los gestos fónicos y las imitaciones de los sonidos naturales hasta los sonidos significativos, no podía aún disponer de otros elementos que las formas fónicas sin relaciones gramaticales; mas por lo que hace al sonido y la significación, los comienzos del lenguaje fueron diversos entre los diversos pueblos, explicándose así la diferencia de las lenguas que han nacido de estos diferentes principios. Así, pues, admitimos un número incalculable de lenguas primitivas, pero establecemos para todas una sola y misma forma.» En cuanto a la evolución realizada por estos idiomas, Schleicher la explica por la concurrencia vital y las influencias geográficas y climatológicas, expuestas ya por Herder.

Ya hicimos en otro lugar algunas observaciones acerca de este punto, y ahora, confirmando lo expuesto, diremos que tanto ésta como otras teorías semejantes a ella en exageración o arbitrariedad han dado origen a una reacción muy acentuada, que se dirige sin rodeos contra la escuela creada por Bopp, sin respetar ni el gran prestigio del ilustre fundador de la Gramática comparada. Esta reacción, nacida en el seno de la nación que marcha al frente de todo linaje de estudios clásicos, Alemania, está representada por la moderna *Junggrammatikerschule* (escuela de los nuevos gramáticos), al frente de la cual figuran Brugmann y Osthof.

Es imposible hacer una crítica de este movimiento, cuyo alcance en los momentos actuales no puede preverse. La obra más notable que

dentro de él se ha producido, las *Morfologische Untersuchungen*, autoriza para augurar favorablemente, no tanto por las afirmaciones parciales que en ellas se sostienen cuanto por el nuevo espíritu que las informa. Admiten, por ejemplo, como conclusiones demostradas que las leyes fonéticas son absolutas para vocales y consonantes; que las excepciones obedecen a una ley importante, la «analogía»; que el sánscrito no debe ser considerado como la hermana mayor de las lenguas indoeuropeas y el prototipo de las mismas, porque su sistema de vocales está muy alterado; que la teoría de la aglutinación es un error, etc.; afirmaciones algunas que pugnan con principios cuya solidez se juzgaba, y hoy mismo se juzga, indudable; pero es, en cambio, muy fecunda la tendencia de estos nuevos trabajos, que procuran sustituir el carácter «fisiológico» de las investigaciones lingüísticas por otro predominantemente «psicológico».

No es posible desligar los dos términos, hombre y lenguaje, que entre sí tienen una relación íntima y natural, sin que el estudio de uno u otro se haga más difícil y oscuro. El conocimiento antropológico se funda en hechos que se perpetúan y transmiten mediante el lenguaje; éste, a su vez, ha de estudiarse como hecho humano, cuya explicación depende muy principalmente del análisis de su causa productora.

Las leyes físicas o mecánicas y químicas, aunque importantes para la ciencia, no bastan, en el estudio de la Lingüística, para explicar el hecho de la diversificación y sucesivas modificaciones de los idiomas, porque son, más bien que leyes, caracteres o notas bajo las que se

agrupan los hechos y las observaciones que tienen cierta analogía; la verdadera causa debe buscarse en los cambios que el hombre experimenta en su vida interna o en su vida de relación y que determinan cambios lingüísticos correlativos, y la ley será, por último, la relación constante que se descubra entre un cambio psicológico y una modificación lingüística.

De todas suertes, interesa en grado sumo no cambiar el punto de partida adoptado por Bopp, el análisis y comparación gramaticales, los cuales adquieren mayor amplitud de día en día, merced a los progresos incesantes que el sanscritismo ha hecho en Europa, llegando a constituir en la actualidad la propedéutica indispensable a todos los trabajos filológicos. Dados este punto de partida y la tendencia nueva de que acabamos de hacer mención, todo augura un rápido progreso en la ciencia del lenguaje.

Inacabable es la serie de producciones que pudiéramos citar en este segundo período de la Lingüística, complemento las unas de la obra iniciada por Bopp, que sólo hemos bosquejado en sus puntos culminantes por exigirlo así lo limitado de nuestro propósito, y representación las otras de nuevos estudios nacidos al aplicar el método y los principios fundamentales de la lingüística indoeuropea a otras familias de idiomas. Solamente haremos una breve indicación acerca de aquellos en que la influencia de la lengua sánscrita es más directa y eficaz, como son los que se refieren a las lenguas neolatinas.

La Glotología mecánica, rama importante de la Ariología, fué creada en 1334 por Federico Díez; antes de su *Gramática de las lenguas ro-*

románicas, publicada en esa fecha, y del *Diccionario etimológico* y el ensayo *Sobre léxicogenesia románica*, que subsiguen, no existe trabajo alguno de Gramática comparada según el nuevo método implantado por Bopp y Grimm, puesto que la *Gramática*, de Raynouard, ya citada en otra ocasión, no tiene valor científico suficiente para que se la considere como base de la nueva dirección.

Díez aplica el análisis, la comparación y las reglas fonéticas grimmianas al estudio de las lenguas neolatinas, superando a aquellos a quienes sigue en vigor y exactitud; cualidades que avaloran extraordinariamente sus trabajos, hasta hoy no sobrepujados por los de ningún otro filólogo. «El firme propósito—dice M. G. Paris, traductor de la *Gramática* a la lengua francesa—de no dejarse llevar de teorías seductoras, pero no en absoluto probadas, da a los trabajos de Díez una seguridad y una solidez tal, que los convierten en base inquebrantable de la filología románica.» Estudia sucesivamente la Fonética comparada, las flexiones, la Tematología (derivación y composición de las palabras), que constituye el asunto del libro III, el más importante de la obra, y, por último, la Sintaxis; acompaña, además, a la obra una notable y extensa introducción, en que trata, desde un punto de vista general, de los elementos que han entrado en la formación de cada una de las lenguas derivadas del latín.

Estos estudios, que a su importancia científica unen otra de carácter práctico, dada la gran claridad que arrojan sobre el conocimiento de las lenguas particulares y el notable progreso

que introducen en la enseñanza de las mismas, tienen numerosos cultivadores, la mayor parte discípulos formados en la cátedra del ilustre profesor de la Universidad de Bonn: Schuchardt, en Alemania; Levis, en Inglaterra; Littré, en Francia; Ascoli, en Italia; Coelho, en Portugal, figuran en primer término, si bien debemos advertir que ninguno ha abarcado en el círculo de sus trabajos el vasto plan y asunto de Díez, limitándose a aplicar las doctrinas de éste a una lengua determinada.

En España los estudios lingüísticos han seguido y siguen igual proceso que en el resto de Europa, pero con notable retraso. La introducción del sanscritismo, que ha de ser forzosamente el trabajo preliminar, está ahora en sus comienzos; así es que como propio nada podemos ofrecer a la ciencia europea, estando limitado nuestro papel a la condición de espectadores, aun en aquellos asuntos que más directa e íntimamente nos atañen. La iniciativa individual carece de estímulo y fuerzas, y la protección oficial no ha llegado aún a establecer cátedras en que se cursen los estudios filológicos y lingüísticos, o cuando menos la Gramática comparada, que hoy tiene una brillante representación en todos los centros docentes de Europa.

INDICACIONES BIBLIOGRAFICAS

(A)

Acerca de la lengua y la literatura sánscritas, véase:
La Introducción a la *Gramática sánscrita*, del señor don Juan Gelabert.

Lecciones académicas acerca de la historia de la literatura india, de Alberto F. Weber.

La introducción a *La chanson de Roland*, de Adolfo Avril.

Estudios sobre la epopeya, de E. Quinet.

Estos dos últimos en cuanto a la comparación con las literaturas hermanas.

Literatura griega, de Ot. Müller.

Historia de la filosofía antigua, de Riter.

(B)

Acerca de la lingüística anterior a Bopp, véase:

Filología clásica, de Salomón Reinach.

El triunvirato literario del siglo xvi, de Carlos Nisard, que trata especialmente de Scaligero, Lipsio y Casaubon, etcétera.

Las obras completas de Hervás, publicadas en italiano antes de ser vertidas al español, son: *Idea dell'Universo*, *Catálogo delle lingue conosciute e notizia della loro affinità e diversità*, *Vocabulario poliglotta, con prolegomeni sopra più di CL lingue*; *Fraggio pratico delle lingue, con prolegomeni e una raccolta di orazioni dominicali in più di trecento lingue e dialetti*, y algunos trabajos sobre la enseñanza de sordomudos, obra humanitaria que encontró en él uno de los más ardientes propagadores.

(C)

Acerca de la introducción del sanscritismo, véase:

El estudio de la Filología en su relación con el sánscrito, de don J. G. Ayuso.

Discurso leído en la apertura de curso de la Universidad de Granada por don Antonio González Garbín; y con referencia a España, la citada Introducción, del señor Gelabert.

Por último, las *Historias*, de Dunker y Lenormant, que contienen datos interesantes respecto a los progresos del orientalismo.

También deben ser atendidos los Congresos de los orientalistas, de algunos de los cuales se han publicado reseñas en la *Revista contemporánea*.

(D)

Acerca de la lingüística contemporánea, véase:

La ya citada obra del señor Ayuso.

España y la Filología, estudio de don Antonio Sánchez Moguel, inserto en la *Revista Contemporánea*.

La Introducción a la *Gramática*, de Bopp, de M. Michel Breal.

El discurso citado del señor Garbín y los de recepción en la Academia de los señores Canalejas y Valera.

Manual de filología clásica, de Reinach.

La ciencia del lenguaje, de Max Müller; etc.

Con preferencia a estos trabajos y a los que se indican en el texto hemos acudido, siempre que nos ha sido posible, a las obras mismas de los autores de que hemos tratado en nuestra tesis.

DOCTRINAS VARIAS

de los filósofos sobre el concepto de causa y verdadero origen y subjetivo valor de este concepto

(Trabajo leído por Ganivet en la Universidad Central, en 31 de enero de 1890, para aspirar al premio extraordinario del doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras, que le fué otorgado por voto unánime de sus juzgadores.)



DOCTRINAS VARIAS

DE LOS FILOSOFOS SOBRE EL CONCEPTO DE CAUSA, VERDADERO ORIGEN Y SUBJETIVO VALOR DE ESTE CONCEPTO

Acaso no haya dentro del terreno de la Metafísica, mejor dicho, de la Ontología, cuestión más debatida que ésta referente al concepto y verdadero valor de la causa, porque al debatir acerca de esta idea no se trata de resolver una cuestión aislada, sino que, en realidad, se trata de sentar una base sobre la cual pueda después edificarse todo un sistema filosófico. Y es que en Filosofía se hallan las afirmaciones ligadas con trabazón tan íntima, que, discutiendo una cualquiera, puede decirse que están puestas a discusión todas las demás.

Es evidente, aunque la Historia no afirme el hecho con precisión, que la primera idea que hubo de surgir en la mente del primer filósofo, del primer hombre que arrojó una mirada reflexiva sobre la realidad que le rodeaba, ya que no sobre sí mismo, fué la idea de causa. La civilización cambia lo accidental, pero la naturaleza humana, como entidad esencial, ha sido siempre idéntica, y, juzgando por nuestra propia experiencia, podemos afirmar que el primer impulso intelectual de los seres racionales ha sido

siempre investigar la razón de la existencia de las cosas, un algo distinto y superior a ellas, sin el que la ciencia no habría dado un solo paso.

Colocado el hombre en el centro de la Creación y reducido su conocimiento a las vagas tradiciones de una primitiva revelación de su Creador, la cual conserva sólo un pueblo escogido para realizar en el futuro fines trascendentales, cuando intentó por esfuerzo puramente humano constituir la ciencia filosófica, que en principio no podía ser otra cosa que el conjunto de todos sus conocimientos, debió sentirse impulsado por un solo móvil: investigar la causa de todas las cosas, porque jamás la inteligencia del hombre ha podido concretarse, como irracionalmente pretenden las escuelas hoy más en boga, a observar hechos, y a sumar hechos, y a pretender deducir leyes. Y puede, desde luego, afirmarse que, si en el primer momento hubiera sido asequible establecer en su verdadero valor el sentido de esta idea de causa, la historia de la Filosofía no nos mostraría tanta y tan continua sucesión de errores, siquiera no se hubiera alcanzado la suma verdad, sólo lograda cuando la idea de creación del mundo destruyó los errores del panteísmo y del dualismo, en que se encierra toda la filosofía antecristiana, a excepción de la contenida en la revelación mosaica.

Pero, lejos de ser así, la primera idea de causa que se presentó a los filósofos de la India, que probablemente se transmitió a casi todas las filosofías orientales y que, con visos de originalidad, han presentado después filósofos de todas las épocas, fué enteramente errónea; comprendían, sí, que un algo debía haber por en-

cima de la realidad, pero no acertaban a separar este algo desconocido de aquello a que había dado origen. Juzgaban indispensable que la causa y el efecto (aunque en dicha filosofía no se emplean estos términos) quedasen, después de la producción de este último, ligados y confundidos. En la filosofía india aparece la causa como algo que en sí mismo produce modificaciones, y de aquí el predominio, en todos sus sistemas, de la idea panteística, ya en sentido emanatista, ya en el idealista puro, como se presenta en el sistema vedanta, ya en el materialismo san-kyano. Para los filósofos orientales, principio y causa son idénticos; únicamente se apartan, aunque no en absoluto, de esta regla, el mazdeísmo, que guarda indudablemente bastantes conexiones con la tradición mosaica, y la filosofía egipcia en sus primitivas concepciones.

Pero la idea de causa, como cuestión separada, como asunto de un importante problema filosófico, aún no había aparecido, porque sabido es que la filosofía llamada prehistóricogriega es, propiamente hablando, una ampliación del problema teológico. Trasplantada esta filosofía al suelo de la Grecia y fecundada con las concepciones originales y más estrictamente filosóficas del genio griego, presenta la cuestión nuevo aspecto. Al pretender los filósofos de la escuela jónica investigar la razón, el cómo de la existencia de las cosas, plantean el problema en el mezquino terreno de la observación sensible, e inmediatamente surge un nuevo concepto de la idea de causa, no menos erróneo que el anterior.

Para los filósofos de la escuela jónica, la cau-

sa es lo mismo que el elemento; cuando se pretende averiguar por qué existen los objetos materiales no debe salirse de la realidad misma, porque la causa está dentro de aquéllos, es el elemento común de todos, elemento que para Thales será el agua, para Anaximenes el aire, para Heráclito el fuego, etc. Vemos, pues, cómo en concepto de estos filósofos la causa tampoco está separada del efecto, sino que vive dentro de él, como elemento, principio o substrátum de los seres diversos, cuya diversidad estriba en modificaciones accidentales. Pero dentro de esta misma escuela jónica y aparte de la doctrina de Anaximandro, que ofrece alguna mayor elevación, aparece una tendencia original sustentada por Anaxágoras, que presenta un concepto más exacto de la idea que venimos examinando. No puede afirmarse desde luego que Anaxágoras haya expuesto el concepto ontológico de la causa, pues sólo la considera de una manera concreta. Al observar el orden que reina en el mundo sometido a la inspección de los sentidos, afirma que este orden no puede ser obra del azar, ni de un principio interno inconsciente, sino que la causa del mismo debe residir fuera de los objetos y debe tener naturaleza intelectual, elevándose de esta suerte a la idea de una inteligencia suprema. Anaxágoras, pues, no analiza sino la causa primera de las cosas, pero llega, dentro de tan limitado terreno, a establecer la afirmación de que la causa es una entidad capaz para producir seres distintos de sí misma y con existencia propia.

Desde el filósofo precitado hasta Sócrates, y siguiendo la historia del concepto sometido a

nuestro examen, ninguna idea nueva aparece, ni en el velado panteísmo matemático de Pitágoras, ni en el atomismo, que se contenta con el azar, motor caprichoso de los átomos, ni en la escuela eleática, cuya mayor sutileza metafísica, lejos de aclarar las cuestiones lógicas, abrió paso a la turbamulta de los sofistas.

Sócrates, en cambio, ofrece ideas más claras y distintas, ya si atendemos a lo que la tradición de él nos dice, ya si a lo que se muestra en los resultados que su enseñanza produjo.

Habiendo tomado un punto de partida distinto que sus predecesores, distinto fué el término de sus esfuerzos; al cosmologismo sucede la observación antropológica, y sabido es que en ésta se encuentra el más firme baluarte de la Lógica contra los embates de los escépticos.

Dice el padre Ceferino González que si Sócrates hubiera escrito sus doctrinas metafísicas, que en verdad fueron escasas y algo tocadas del escepticismo entonces imperante (sólo sé que no sé nada, decía), nos hubiera dejado una *Crítica de la razón pura*, y que si hubiera escrito sus teorías morales, hubiera legado una *Crítica de la razón práctica*; tal es la semejanza que entre ambas se nota; pero se cuida mucho de establecer una excepción, que se refiere precisamente al punto que tratamos, a la idea de causa.

El criticismo que se observa en el silencio de Sócrates y el criticismo explícito del filósofo de Königsberg difieren, en cuanto a la teoría de las causas se refiere, en que Sócrates afirma de una manera clara, precisa, la existencia de la idea de causa eficiente y final, a diferencia del segundo, que solamente las acepta con un valor

puramente externo e ilusorio, que propiamente quivale a anularlas; y precisamente Sócrates, de la existencia de la causa, rectamente comprendida, pudo elevarse a un concepto de la divinidad, el más digno de cuantos la razón abandonada a sus propias fuerzas ha creado, y a la idea de la inmortalidad del alma.

El verdadero legislador, dentro de la filosofía griega, de todas aquellas cuestiones que se refieren al problema del conocimiento, Aristóteles, fija la teoría más aceptable acerca de la causa, aplicando a la misma su universal teoría de la materia y la forma. Examinando nuestras propias operaciones y los cambios y mudanzas que en la realidad se aparecen, afirmamos que estos hechos a algo son debidos, que nuestra voluntad es la causa de nuestras libres acciones, que nuestra inteligencia lo es de nuestros pensamientos, que las mutaciones de los objetos reales exigen causa que los mude. Nótase también que la producción de un efecto no se presenta sin el concurso de varios elementos; así, por ejemplo, el grano de trigo que se convierte en espiga necesita que el elemento material que lo constituye deje la forma que antes tenía, tomando una nueva, y el cual cambio no se efectúa sin otro tercer elemento, un principio motor o fuerza que lo determine; y a la vista de estos hechos de observación, nosotros afirmamos que las causas de este nuevo efecto o transformación del grano en espiga son la materia, la forma y el principio motor o determinante, los cuales términos convienen en ser esencias que determinan la formación de un nuevo sér. Elevándonos de las causas particulares a las causas supremas, puesto que

una serie indefinida, al tenor de lo sostenido por Kant, es absurda, llegamos ante la causa pura, o sea aquella que produce los efectos en su totalidad sin el concurso de elementos extraños.

Pero Aristóteles, que no pudo alcanzar el concepto de creación, que no supo reducir a superior unidad en Dios el eterno dualismo que aparece constantemente en la filosofía antecristiana (allí donde no aparece el panteísmo), no pudo elevarse tampoco al concepto puro de la causa, una vez que admite la eternidad de la materia, según se desprende, aunque confusa y contradictoriamente, de sus escritos, dualismo aristotélico que se encuentra también en su maestro (no obstante los que siempre los colocan en abierta contradicción), pues sabido es que las «ideas» de éste, que él llama causas ejemplares o sellos, suponen también la preexistencia de la materia informe e indistinta.

La doctrina de Aristóteles tiene su feliz coronamiento en la filosofía escolástica, que poseyendo, con la firmeza que inspira la palabra revelada, el dogma de la «creación ex nihilo», destruyó el dualismo para siempre, alcanzando una noción exacta de la causa, según la cual ésta es toda esencia que produce en su totalidad el ser del efecto; esto es: de un ser distinto de ella misma. Pero este concepto de causa, aplicable a la causa primera, y sólo aplicable al hecho de la Creación y a todos aquellos mediante los cuales se nos muestra la Divinidad, se modifica tratándose de las causas segundas contingentes, en las cuales el efecto no es producido en su totalidad; pero siempre han de concurrir en la sustancia que se erige en causa las condicion-

de que «produzca el sér del efecto» y que éste sea distinto del sér de la causa.

Cinco clases de causas señalaba Aristóteles al analizar el concepto que nos ocupa: la material y formal, que entran, según su doctrina, en la composición de los cuerpos, considerados en sus estados de permanencia; la eficiente, principio determinante de todo cambio de forma; la final, que marca el sentido trascendente de toda mudanza, que, si se ha de realizar para algo, exige la predeterminación de este fin; y la ejemplar, que si en la doctrina platónica tenía gran significado, porque era (otra cosa que) la idea legisladora de la materia y anterior a la existencia de los objetos reales por ella formados («universales *ante rem*»), en la filosofía aristotélica sólo representa la concepción previa de la inteligencia humana al realizar sus operaciones, pero concepción no innata, sino deducida, abstraída de la percepción de los seres individuales («universales *in re*»).

Además de esta división, la filosofía escolástica ha establecido otras varias de no menor importancia, atendiendo a que el concepto no quedaría debidamente analizado si no se ponía, al lado del concepto general y de las razones en que se apoya la existencia del mismo, el estudio particular de sus especies diversas.

Y al efecto se dividen las causas en instantáneas y sucesivas, con relación al tiempo, factor principalísimo en toda sustancia; en inmanente y trascendente, si se atiende a la cualidad del efecto, y la eficiente en primera y segunda, principal e instrumental, *per se* y *per accidens*, libre y necesaria, total y parcial, universal y particular, equívoca y unívoca, etc., cuyos conceptos son fácil-

mente comprensibles para necesitar explicación.

Delineado el concepto de causa en su género y organización científica, preciso es hacer alguna indicación acerca del origen del mismo, para fundar sobre esta base un argumento sólido contra los que niegan la idea de causa y contra los que, sin negarla, la intentan destruir con sus contradicciones. Larga es la serie de los filósofos, a partir del escepticismo positivista de Enesidemmo, que han negado su existencia, siendo en la actualidad el positivismo, en sus dos fases espiritualista y materialista, el heredero de tan triste legado. Si la idea de causa se formase por un juego de nuestra fantasía, podrían tener fuerza las razones de los que, prescindiendo de la observación allí donde hace falta y donde el escolasticismo la aceptó siempre, buscan sofismas contra la misma. El principal argumento y en el que se fundan los demás no es otro que decir por medio de un dilema: ¿Es la causa anterior o posterior al efecto? Si lo segundo, caemos en el absurdo; si lo primero, no se encuentra explicación satisfactoria al hecho, porque ni la causa es tal mientras no se ponga a su lado inmediatamente el efecto, siendo términos correlativos, ni se concibe la existencia de una causa que, aun antes de producir el efecto, no lo lleve implícito de una manera coetánea.

Pero semejante modo de argumentar, que ni exige, de tan baladí, una refutación seria, se rechaza con sólo volver la vista a la realidad y, como dice Prisco, acudir a la observación interna y externa; que, firmes sobre los datos por éstas suministrados, podremos elevarnos, mediante la abstracción de las causas particulares, a la

causa ontológica, sin que falacias tales tengan eficacia contra este concepto científicamente formado.

Aun prescindiendo de este llano y natural proceso que nos señala el origen y fundamento del concepto, tendríamos aún, en contra de aquellas sutilezas, ese instinto natural intelectual que el insigne Balmes coloca al lado de los más seguros criterios de razón y que protesta severamente contra sofisterías de este linaje antes de combatir las con la lógica.

Sin embargo de lo dicho, no ha dejado de sostenerse en diversas épocas la doctrina escéptica, en la cual siempre figura como punto culminante la negación de la causa; sólo ha habido diferencia en el procedimiento y en el modo de presentar la cuestión; pero si espíritus más perspicaces que Enesidemo y Sexto Empírico, como Kant, y más aún Hume, su predecesor en la tarea de pretender destruir «críticamente» cuanto a su paso fueron hallando, tarea que por desgracia se continúa en nuestro tiempo, no presentaron en apoyo de su criticismo, que, dicho sea de paso, no es otra cosa que un escepticismo disfrazado, las razones de sus predecesores, en último término caen dentro del círculo de hierro de que no pueden librarse, porque negar a la causa valor objetivo equivale a negarla por completo: si ella no ha de ser más que un modo especial de ver nosotros las mutaciones de las cosas; si nuestras operaciones no tienen, por ejemplo, su causa en la actividad anímica, sino que nosotros, para entendernos, vemos en esa serie de operaciones un concepto permanente, que es sólo creación nuestra, su realidad, así como ve-

mos el espacio y nos damos idea del tiempo, cuando en realidad es que vemos objetos y mutaciones «en» el espacio y «con» el tiempo, vale tanto como decir claramente que la idea de causa es un absurdo, porque la causa no significa nada si no tiene realidad subjetiva y objetiva a la vez.